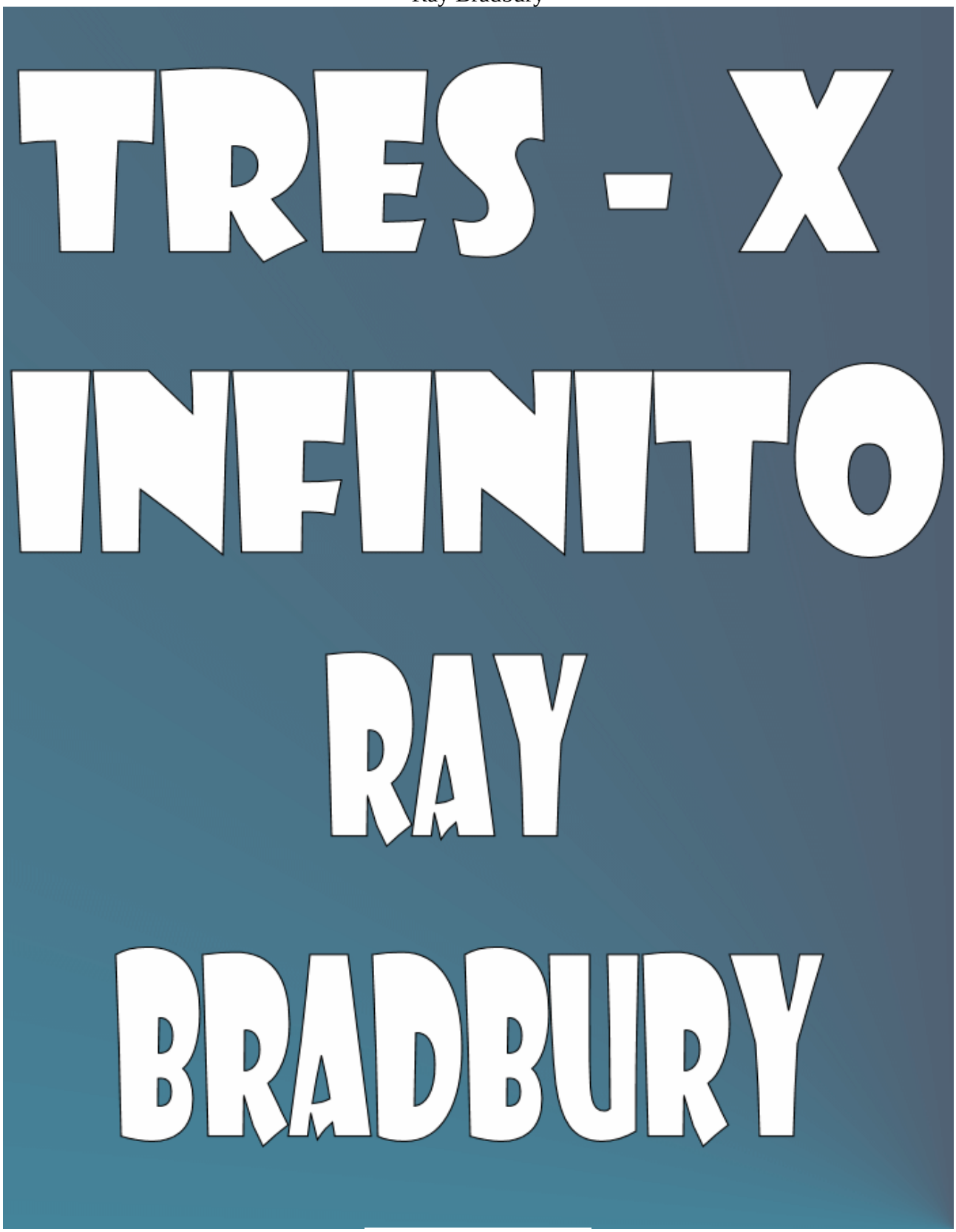
LIBRO dot.com

Tres - X Infinito
Ray Bradbury



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Capítulo I

Los aparatos de la compañía eran buenos. Eran muy buenos. Pero en esta ocasión Hugh Starke empezaba a pensar que tal vez no podría salirse adelante con él.

Su cuerpo relativamente pequeño pero fornido y bien constituido se inclinó sobre el cuadro de mandos y lanzó a fondo los motores del Kallman. La tibia noche celeste de Venus rodeaba cuanto se alzaba a la vista, tiñiéndolo todo con sus velos de color índigo. Starke no estaba muy seguro ya de dónde se hallaba. Venus era un planeta fronterizo, y más que nada una gran incógnita, excepto para los venusianos, quienes no emitían a los otros planetas ningún mapa de su situación y principales accidentes de su territorio. Starke sabía que se estaba acercando demasiado y de un modo peligroso a las Montañas de la Blanca Nube. Era la parte más elevada de este planeta, que se erguía hacia la estratosfera, y con gran atracción magnética, ésta con un radio de acción que se extendía hasta Dios sabe dónde.

Pero todo parecía indicar que estaba alejado ya de las montañas, o al menos volando a gran distancia por encima de ellas.

Ocurriera lo que ocurriera, él se había lanzado al espacio con el mayor y más potente aparato que hasta el momento hubiera conocido la historia. Pilotaba un aparato que estaba valorado en un millón de dólares. Apretó con fuerza los mandos que se hallaban bajo sus pies y cerró la boca haciendo entrechocar los dientes en un signo de orgullo y valor. Pasaría mucho tiempo antes de que nadie igualara esto.

Los indicadores de masa empezaron a agitarse con fuerza. De pronto y mostrándose al principio como una forma vaga, las Montañas de la Blanca Nube aparecieron ante él como un muro infranqueable. Starke verificó la posición de las naves espaciales que de pronto se dio cuenta que le perseguían. No había medio de alejarse de ellas. Al fin dijo con decisión:

- ¡Como queráis, condenados! - y lanzó el Kallman hacia el espeso cielo azul.

Cuando volvió en sí, no tenía recuerdos muy claros de lo que había sucedido. Incontrolables fuerzas magnéticas que siempre resultaban ser un azar en Venus, habían falseado totalmente las indicaciones de sus aparatos de control. Se vio impulsado por una fuerza extraña hacia un lugar indeterminado, y de pronto se dio cuenta de que estaba solo, con un millón de dólares como toda pertenencia, pero solo en el espacio.

Allá abajo, en la oscuridad virginal, vio a su través un tenue reflejo, como si alguien hubiese dado a aquel lugar una pincelada que más bien parecía de sangre. El Kallman se lanzaba en picado hacia allí. El cuadro de control lanzaba chispas y pequeñas llamas azules, los turborreactores estaban ardiendo y luego no quedó más que el silbido del aparato en su precipitada caída por el espacio.

Hugh Starke lo abandonó todo, se sentó y esperó los acontecimientos que se desarrollarían poco más tarde…

Antes de abrir los ojos, tuvo la impresión de que estaba muriendo. No sentía ningún dolor, no sentía nada, pero sabía que aquella impresión era cierta. Se sentía como si hubiera perdido una parte de sí mismo. Tenía la conciencia de que existía, pero como si su existencia se desarrollase todavía en el espacio.

Abrió los párpados. Había un techo. Un techo que se extendía por todos lados y bastante alto. Era de piedra negra con vetas serpenteantes de color rojo y ámbar. No recordaba haberlo visto nunca con anterioridad.

Cerró los ojos nuevamente, los apretó e hizo un gesto con la cabeza que más bien pareció de alivio. Llevaba barba de varios días. Con los ojos entreabiertos vio que yacía en un lecho alto y bien provisto de sedas y pieles curtidas. Su cuerpo estaba cubierto. Casi se alegró de no poderlo ver. Le parecía que en aquellos momentos, no era lo más importante ver un cuerpo que ya nunca podría valerse por sí mismo, y que al fin y al cabo no había sido de lo más bien hecho. Pero estaba acostumbrado a él, y no quería verlo ahora, porque sabía que no lo vería del mismo modo que otras veces.

Dirigió su vista hacia los pies de la cama y vio una mujer.

Estaba vigilándole desde una silla en cuyos brazos y respaldo se habían esculpido figuras o tal vez pasajes de hechos célebres, y vestía una túnica de piel blanca como un copo de nieve. Ella sonrió y dejó que él la mirara sin decirle nada. El pulso de Starke empezó a latir desacompasadamente pero con debilidad.

Era alta y bien proporcionada, y las curvas de su cuerpo eran casi insolentes. Vestía aquella túnica blanca que estaba sujeta a su cuerpo por una guirnalda de piedras preciosas, formando todo su adorno. Su cara era alargada, con facciones muy finas que denotaban dificultad para penetrar en sus pensamientos, y al mismo tiempo tenían vivacidad y alegría. Sus labios, sus ojos, y sus sedosos cabellos que flotaban al aire, tenían la pálida serenidad de un agua marina.

Su piel era blanca, sin ningún tinte rosáceo. Sus hombros, sus brazos, la curva amplia de sus caderas, el nacimiento de su erguido pecho, estaban salpicados de pequeñas partículas que brillaban como polvo diamantino. Se movía lánguidamente bajo su túnica nevada, como si de un hada se tratase. Una criatura con reflejos de plata, limpia y clara como las aguas de nieve.

Sus ojos no se separaban de los de Starke, y no eran humanos, pero sin embargo él sabía que hubieran hecho impacto si él hubiera sido capaz de sentir algo en su cuerpo.

Hugh quiso decir algo, pero no tenía fuerza ni para mover la lengua. La mujer se inclinó hacia delante, y como si su gesto hubiera sido una orden, cuatro hombres salieron de entre las sombras que cubrían el muro. Eran como ella. Tenían los ojos extraños como los de la mujer.

Ella dijo en el líquido lenguaje venusiano:

- Tu cuerpo está muriendo. Pero tú no morirás. Ahora dormirás y te despertarás en un cuerpo extraño y en lugar desconocido. No tengas miedo. Mi espíritu estará con el tuyo y te guiará, no temas. No hay tiempo para que te pueda explicar, pero no tengas miedo.

Los ojos de la mujer parecían verter una fuerza invencible que se apoderaba poco a poco de su voluntad y su cerebro. Parecían dos ríos deslizándose a través de los canales de sus propias bóvedas oculares y cuyos efluvios se extendían sobre la torturada superficie de su cerebro. El cerebro quedó relajado. Parecía que estuviese flotando sobre el agua, para luego las dos corrientes convertirse en una sola, amplia y arrolladora, que se apoderaba de su espíritu, o el yo, y hacían que ése se desvaneciera hasta llegar a perder la noción de vida.

Tardó mucho, mucho tiempo en recobrar el conocimiento. Le daba la impresión de que le hubieran amasado y amazacotado todo su cuerpo y sus miembros uno a uno. Algo en su profundo ser le decía que desde el primer momento que despertara y abriera los ojos, se tendría que arrepentir de haberlo hecho. Lo tomó con calma y luchó por hacerse a la idea.

Recordaba su nombre, Hugh Starke. Recordaba las celdas de la Luna donde en cierta ocasión estuvo a punto de morir. Nada tenían que envidiar estos momentos a aquellos otros.

Lo demás llegó rápidamente. El trabajo en las exploraciones terrestre-venusianas, el intento de escapada que no lo fue, las Montañas de la Blanca Nube. Y luego el colapso contra aquel mundo desconocido…

La mujer.

Ahora recordaba… Su cerebro saltó de momento en ideas más claras. Luz, claridad, presentimiento de existencia, una sensación desnuda de realidad que se extendía sobre él. Se encontraba perfectamente con los ojos cerrados, y su imaginación no podía apartarse ni un momento de la imagen de aquella mujer resplandeciente de pelo color verde mar y el sonido de aquella voz que decía:

- No morirás; cuando despiertes te hallarás en un cuerpo extraño, no temas…

Abrió los ojos cautelosamente.

Vio un cuerpo que yacía a su lado sobre un montón de paja sucia. Era el suyo; se dio cuenta, porque podía apreciar las punzadas que la paja le inferían.

Era un cuerpo poderoso, bien batido y lleno de músculos casi excesivamente desarrollados, mucho mayor que el que había tenido anteriormente. A todas luces aquel cuerpo no había sufrido nunca la miseria del hambre durante los veintitantos años de su vida. Estaba completamente desnudo. El clima y la violencia había escrito su historia sobre él, como lo revelaban las señales y cicatrices que se extendían aquí y allá, pero ningún miembro le faltaba. Tenía vello negro y fuerte sobre el pecho, las piernas y los brazos, y sus manos tenían el aspecto pecaminoso de estar siempre prestas para matar.

Era un cuerpo humano. Ya era algo. Había tantas otras cosas y cuerpos en que se podía haber convertido y que no hubieran sido designados como humanos, en la nueva concepción racial.

Starke cerró los ojos nuevamente.

Los labios, que ya no eran los labios de Starke, se estrecharon en una ligera y cruel sonrisa. Había estado durante seis meses en las criptas solitarias de la Luna. Si un hombre podía resistir aquello y salir de allí sano y por su propio pie, podía resistirlo todo. Hasta esto.

Se le ocurrió pensar entonces que tal vez la mujer y los cuatro compañeros habían Evitado el shock y la primera impresión postoperatoria por medio de sugestión hipnótica. Su subconsciente comprendió y aceptó el cambio. Sólo la imaginación se resistía a la idea.

Hugh Starke imprecó a la mujer y sus compañeros en siete lenguas y otros dialectos extraños. Estaba en un principio encolerizado al pensar que unos extraños pudiesen jugar con él de aquel modo, pero luego pensó: ¡Qué demonios, estoy vivo y, al parecer, el cambio que me han hecho no me ha ido tan mal!

Abrió los ojos de nuevo, poco a poco, como si temiese descubrir su nuevo mundo.

Se hallaba en uno de los extremos de una habitación de piedra, con dos líneas rectas de pilares de madera, cortados de algún bosque venusiano. Había bancos y mesas. Algunas hogueras habían estado ardiendo aquí y allá sobre lares de piedra, en el espacio que mediaba entre los pilares. El humo que se alzaba había escondido o al menos confundía, una parte de la plata y bronce que colgaba de los aparadores que pendían de los muros, y al mismo tiempo, ensombrecía el fulgor de las espadas y las afiladas hojas que se extendían por doquier mezcladas entre trofeos.

Todo estaba muy tranquilo. En el exterior, en un lugar todavía impreciso, se llevaba a cabo una pelea o escaramuza. Aparentemente era una lucha tenaz y pesada, pero aquel ruido no llegaba a matar el silencio. Al contrario lo hacía todavía más profundo.

En la habitación había dos hombres, junto a Starke.

Estaban muy cerca de él. Uno de ellos sentado en una silla alta, inmóvil, con sus grandes manos apoyadas sobre la mesa que había frente a él. El otro estaba acurrucado en el suelo. Tenía la cabeza inclinada hacia delante, de tal modo que un mechón de pelo blanquecino escondía su cabeza. Era un hombre pequeño, de aspecto sonrosado. Starke se volvió de nuevo hacia el hombre que estaba sobre la silla.

El hombre habló en voz baja:

- ¿Por qué no dice nada ella?

El que estaba acurrucado en el suelo y tenía un arpa entre sus piernas, dejó escapar un agudo y amargo sonido de la misma como toda contestación. Eso fue todo.

Starke apenas se daba cuenta de nada. Toda su atención se dirigía hacia el que había hablado. Su corazón se sobresaltó. Sus músculos se pusieron tensos y prestos a cualquier cosa. Tenía en su boca un sabor amargo. Lo reconoció. Era el sabor del odio.

Hasta aquel momento no había visto en su vida a aquel hombre, pero sus manos parecían aprestarse a matar.

Era un hombre enorme de casi siete pies de altura y con músculos como un centauro, pero su cuerpo desnudo por encima de su cinturón de cuero, daba la impresión de ser ágil y rápido en sus movimientos a pesar de su peso. Tenía el rostro cuadrado, donde se apreciaba perfectamente la contextura de sus huesos, y era joven. Era un rostro que en otra época había sido amante del vino, de las risas y de las muchachas bonitas. Pero ahora, había olvidado ya todo aquello, excepto el vino tal vez. Era un algo rígido y cruel lo que su rostro reflejaba, y parecía alguien que siempre hubiera estado en una jaula. Starke había visto este rostro antes en las celdas de la Luna. Tenía una cicatriz blanca que atravesaba su frente. Bajo la frente, los ojos azules estaban hundidos en sus cuencas y oscuros tras sus párpados medio cerrados. Era ciego.

Fuera en la distancia los hombres chillaban desaforadamente y morían.

Starke fue dándose cuenta de un dolor que cada vez se hacía más insistente en su cuello. Levantó la mano con mucho cuidado de no remover la paja. Sus dedos encontraron un apretado nudo, lo siguió con sus dedos y llegó a tocar una pesada venda metálica.

El nuevo cuerpo de Starke llevaba collar como un perro caprichoso o peligroso.

Había una cadena atada al cuello. No podía encontrar el lugar por donde lo habían atado. Lo habían llevado a cabo con todo cuidado.

Su cuerpo no parecía haber caído en gracia allí.

Tenía el cuello aprisionado.

La sangre empezó a correr por la cabeza de Starke. Ya había llevado cadenas antes, por lo que se desprendía de todo aquello. Y no le gustaban. Y menos todavía alrededor del cuello.

Capítulo II

Una puerta se abrió de pronto en el otro extremo de la habitación. Una luz rojiza se extendió por el suelo negro y entró un hombre. Era grande, medio desnudo, rubio y manchado de sangre. Arrastraba la larga espada que sujetaba con una mano. Su pecho estaba abierto por una herida que dejaba ver él hueso y que él cerraba con su mano libre.

- Un mensaje de Beudag - dijo -. Nos han hecho retroceder hasta la ciudad, pero por el momento los mantenemos y nos hacemos fuertes en las puertas de la misma.

Nadie habló. El hombre pequeño movió en señal de asentimiento su blanca cabeza. El guerrero de hendido pecho dio media vuelta y salió de nuevo cerrando tras él la puerta.

Un cambio repentino y muy peculiar se operó en Starke al oír mencionar el nombre de Beudag. Nunca lo había oído anteriormente, pero quedó grabado en su imaginación como algo peculiar, algo que le embargaba de emoción. No podía identificar la clase de sentimiento que le

proporcionaba, pero lo cierto era que le había hecho olvidar al hombre ciego. El odio que momentos antes había sentido se enfrió. Starke quedó relajado en una especie de tranquilidad relajada, helada, que le hacía sentir el sopor de una serpiente cobra en plena digestión. No preguntó nada. Se limitó a esperar a Beudag.

El hombre ciego golpeó con la mano sobre la mesa y se levantó.

- ¡Romna - gritó - dame mi espada!

El hombre pequeño le miró. Tenía los ojos lechosos y un rostro que recordaba al bulldog guardián. Al fin respondió:

- No seas loco Faolan.

Faolan respondió a esto dejando resbalar las palabras entre sus dientes:

- Maldito seas… dame mi espada.

Los hombres morían al otro lado de la habitación y no morían en silencio. La piel de Faolan estaba llena de sudor, un sudor de ansiedad que corría por todo su cuerpo. De pronto hizo un movimiento brusco hacia Romna.

El hombre pequeño se dirigió hacia él. Había lágrimas en sus ojos pálidos. Dijo con rudeza:

- No podrás hacer nada. Siéntate.

- Ya encontraré el medio de hacer servir mi espada - respondió Faolan.

La voz de Romna se elevó hasta el punto de ser más que un grito un chillido y ordenó:

- ¡Cállate de una vez y siéntate!

Faolan se asió al borde de la mesa y se inclinó sobre ella. Temblaba y cerraba todavía más las cuencas de los ojos, y sin embargo, las tibias lágrimas escapaban rodando por sus párpados. Su acompañante se volvió e hizo vibrar el arpa hasta que sus cuerdas dejaron oír un estridente chillido.

Faolan respiró profundamente. Fue recuperándose lentamente dando vueltas alrededor de su silla alta, y después se dirigió hacia Starke.

- Estás muy tranquilo, Conan - dijo -. ¿Qué es lo que ocurre? Deberías estar contento, Conan. Deberías reírte y hacer sonar como cascabeles los anillos de tu cadena. Vas a tener lo que querías. ¿O acaso estás triste porque ya no tienes imaginación ni inteligencia para comprender lo que ocurre?

Se detuvo y fue palpando con la sandalia que cubría su pie hasta que encontró el muslo de Starke. Starke se movió.

- Conan - continuó el ciego, oprimiendo el vientre de Starke con su pie -. Conan el perro, el traidor, el carnicero, el del cuchillo en la espalda. ¿Te acuerdas de lo que le hiciste a Falga, Conan? No, ahora no te acuerdas. He sido un poco brusco contigo y ahora ya no te acuerdas. Pero yo lo recuerdo, yo sí que lo recuerdo. Mientras viva en la oscuridad lo recordaré.

Romna hizo vibrar nuevamente las cuerdas del arpa y éstas lanzaron al aire sonidos que eran más bien lágrimas vivas en memoria de los hombres fuertes y valientes muertos a traición. Faolan comenzó a temblar y todos los músculos de su cuerpo quedaron tensos. Los trazos de su rostro parecían haber adquirido forma del mismo modo que el acero la adquiere bajo los efectos constantes del martillo que lo golpea: como fulminado en lo más íntimo de su ser, cayó de rodillas. Sus manos tocaron con nerviosismo los hombros de Starke, fueron resbalando hasta juntarse en la garganta de Starke y allí apretaron con todas sus fuerzas.

Fuera, el sonido de la lucha parecía morir en la distancia para Starke.

De pronto éste se movió con rapidez. Como si la hubiera visto anteriormente y hubiera sabido el lugar exacto donde se encontraba, su mano se abalanzó sobre la pesada cadena y la ondeó en el aire.

Parecía que iba a ser un golpe mortal. Starke deseaba con todo su corazón hacer saltar en dos trozos la cabeza de Faolan. Al segundo intento consiguió alcanzar a Faolan en la parte posterior de la cabeza. Este profirió un agudo quejido y cayó de un lado al mismo tiempo que Romna se levantaba. Había dejado caer el arpa y sacó un cuchillo. Sus ojos refulgían de ira.

Starke se hizo a un lado. Después se fue hacia atrás ondeando la cadena de un modo temible. Su nuevo cuerpo se movía con agilidad felina. En su exterior todo iba bien, pero en el, interior de su cuerpo, las sensaciones neuróticas y las reacciones parecían haber estallado en una verdadera guerra civil. Estaba malhumorado consigo mismo por no haber matado a Faolan y también lo estaba por haber perdido el control y haber querido matar a un hombre sin razón suficiente. Odiaba a Faolan y al mismo tiempo no le odiaba, porque algo en su interior le decía que no podía hacerlo, puesto que no le conocía suficientemente. El cerebro calculador, lógico e impasible de Starke, contrastaba con una serie de reacciones emocionales sin fundamento.

No se había dado cuenta de que sus actos no tenían fundamento, hasta que su mente acostumbrada durante muchos años al más estricto control le impidió llegar a matar. De pronto recordó la voz de la mujer que decía:

- Mi mente estará contigo, ella te guiará…

- Detente - gritó desesperado -. ¡No sigas, detente…!

Por un Instante la vio de nuevo inclinada hacia delante, con su cabello que reposaba sedoso sobre sus maravillosos hombros. Sus ojos no podían ocultar un brillo burlesco y de provocativa admiración. Starke la oyó decir:

- Quizás no tengas otra oportunidad Hugh Starke. Ellos conocen a Conan aunque tú no le conozcas. Además, no tiene mucha Importancia que así sea. El fin será el mismo para todos ellos, no es más que una cuestión de tiempo. Tú puedes salvar tu nuevo cuerpo o no, como quieras - después sonrió -. Me gustaría que lo hicieras. Es un bello cuerpo. Lo conocí antes de que la mente de Conan desapareciera y dejara el cuerpo vacío.

Un súbito pensamiento ocupó la mente de Starke:

- Mi aparato, con el millón de dólares que se me tenían confiados.

- Ve a buscarlos - respondió ella, al mismo tiempo que desaparecía. Cuando ella ya no estaba allí, la mente de Starke estaba limpia sin nada ni ningún pensamiento extraño que la enturbiase. Faolan seguía tendido en el suelo sujetándose la cabeza con ambas manos. Después dijo:

- ¿Quién hablaba?

Romna el juglar estaba mirando. Se movieron sus labios con ánimo de decir algo, pero no emitió ningún sonido.

Starke respondió:

- Yo hablaba. Yo, Hugh Starke. No soy Conan, ni nunca he oído hablar de Falga, y aplastaré la cabeza al primero que se me acerque.

Faolan no se movió. Tenía la cabeza apoyada contra el suelo y su respiración se entrecortaba en la garganta. Romna, el juglar, el bufón, lanzó al aire una lánguida historia de otros tiempos con tal naturalidad, que parecía no estar pensando en ello. Starke les contemplaba.

Impulsadas por una fuerza violenta, las puertas del otro extremo de la habitación se abrieron de par en par. El fulgor rojizo de la luz del día se extendió por la habitación y con ella una masa de cuerpos ardientes por la lucha y que traían un olor casi extraño para Starke, de sangre.

Starke sintió cómo el corazón se encogía bajo el fornido pecho de Conan, al ver la figura de quien encabezaba aquella comitiva.

Romna gritó:

- ¡Beudag!

Era alta. Toda ella era fuerte como una leona y caminaba con una arrogancia sin par, y su pelo era como una llama de fuego. Tenía los ojos azules ardientes y brillantes como los había tenido Faolan seguramente en otro tiempo. Se parecía a Faolan. Vestía como él, con una túnica de cuero y sandalias y con su magnífico cuerpo desnudo por encima del talle. Llevaba una larga espada con ella a la espalda, cuya empuñadura asomaba por encima del hombro izquierdo. La había usado. Su piel estaba cubierta de sangre y sudor. Tenía una larga herida en el muslo y otra por encima del vientre, y aunque quería disimularlo, la amargura que sentía era una carga pesada para ella en aquellos momentos.

- Les hemos detenido Faolan - dijo al fin -. No pueden llegar hasta las puertas de la ciudad y podemos mantenernos en Crom Dhu mientras tengamos comida. Y el mar nos alimenta - se echó a reír pero no podía sin embargo disimular cuanto quería -. Cielos, estoy cansada.

Después se detuvo al lado de uno de los pilares. Fue recorriendo con su mirada cuanto tenía delante, y pasando por el cuerpo de Faolan, llegó hasta Romna, para al fin elevarla al cuerpo de Starke, donde se detuvo.

El pulso latió con fuerza en Starke, aunque esta vez su cuerpo se sentía fuerte, pero el pulso continuaba latiendo como si del redoble de un tambor se tratara.

Romna dijo:

- Ha recuperado la mente.

Hubo un largo y pesado silencio. Nadie de los presentes se movía. Después los hombres que hasta el momento habían permanecido a la espalda de Beudag, todos fornidos guerreros, empezaron a acercarse a los pilares, hablando en voz baja los unos a los otros, hasta que todo se convirtió en un sólo murmullo. Faolan se levantó, se puso frente a ellos y les conminó para que callaran.

- ¡Me pertenece a mí! Dejadle tranquilo. Beudag se acercó con un movimiento gracioso y a la vez inquieto:

- No es posible - susurró -. Exterminaron su cerebro por medio de la tortura. Desde entonces no fue más que un ser irracional incapaz Incluso de alimentarse por sí mismo. Y ahora, de pronto, ¿decís que es normal otra vez?

Starke dijo:

- Ya sabes que soy normal. Puedes verlo en mis ojos.

- Sí.

No le gustó a Starke el modo que ella tuvo de asentir a su proposición.

- Escucha, mi nombre es Hugh Starke. Soy un terrestre. No es el cerebro de Conan que ha vuelto. Es otro cerebro. Se me transfiguró con este nuevo cuerpo. Lo que él hiciera antes de que me transplantaran a él, no lo sé, ni soy responsable de ello.

Faolan dijo:

- No recuerda a Falga. No recuerda los barcos en el fondo del mar - y tras esto rió con fuerza y burla.

Romna agregó tranquilamente:

- Pero sin embargo, no te mató. Lo podía haber hecho fácilmente. ¿Te hubiera perdonado Conan de ese modo?

Beudag interfirió:

- Sí, lo hubiera hecho, si hubiera tenido un plan mejor. El cerebro de Conan era como el de una culebra. Se arrastraba por la oscuridad y nunca se sabía dónde iba a hacer presa.

Starke empezó a contarles cómo había ocurrido todo, con la cadena balanceándose de modo despreocupado en su mano. Mientras hablaba vio sobre un pulido estante que colgaba de un pilar un rostro. Más que nada, era una masa de pelo anudada montada sobre el esqueleto de un largo y enjuto hueso. La boca era sensual, con una especie de risa burlona sobre ella. Los ojos amarillos. Ojos brillantes y crueles de un asesino.

Starke se percató con horror, que el rostro que veía allí era el suyo.

- Una mujer con pelo color verde mar… - susurró Beudag.

- Rann - intervino Faolan, mientras el arpa de Romna lanzó un grito estridente.

- Su pueblo tiene este poder - siguió Romna -. Son capaces de apoderarse del alma del ser más extraño.

- Son muchos los poderes y facultades que poseen. Quizás Rann siguió el espíritu de Conan, donde quiera que fuese, y le indicó lo que debería decir, y luego le trajo de nuevo…

- Escucha - intervino Starke malhumorado -. Yo no pedí…

De pronto, con la mayor sorpresa para todos y con brusco movimiento, Romna arrebató la espada de Beudag y la arrojó sobre Starke.

Starke hizo una finta para librarse del ataque. Miró a Romna con ojos plenos de ira.

- De acuerdo. Encadenadme de modo que no pueda luchar y matadme desde lejos.

No recogió la espada. Nunca se había servido de una. La cadena que le tenía apresado le parecía mejor, no habiendo mucha diferencia entre ella y un pesado cinturón que en ocasiones había podido manejar. La ondeó en el aire.

- ¿Ese es Conan? - preguntó Romna. Faolan se apresuró a preguntar:

- ¿Qué ha ocurrido?

- Romna arrojó mi espada a Conan. La esquivó y no la recogió del suelo - los ojos de Beudag se estrecharon -. Conan podía apresar una espada en el aire cogiéndola por la empuñadura, y era el mejor luchador de todo el Mar Rojo, a excepción de ti, Faolan.

- Intenta engañarnos. Rann le guía.

- Al diablo con Rann - Starke hizo restallar su cadena -. Ella lo que quiere es que os mate a los dos y todavía no sé por qué. Ya lo sé, podría haber matado con toda facilidad a Faolan, pero no soy un asesino. Nunca maté a nadie si no fue para salvar mi vida. Sin embargo, no le maté a pesar de Rann y no quiero saber nada de vosotros ni de Rann tampoco. ¡Todo cuanto deseo es marchar de aquí!

Beudag dijo:

- Su acento no es de Conan. Su modo de mirar es distinto también. En su voz hay una nota extraña.

Romna la miró. Hizo pulsar unas cuantas cuerdas de su arpa y dijo:

- Hay un medio por el que podrás estar segura de si es Conan o no.

Como si la luz hubiera llegado a su imaginación de pronto, Beudag sonrió. Romna se hizo a un lado para dejarle paso. Sus ojos brillaban con una sonrisa maliciosa.

Beudag continuaba sonriendo como si de un felino se tratase, mostrando los dientes pero sin humor en la expresión. Con aire resoluto caminó hacia Starke, la cabeza erguida, las manos vacías apoyadas en los costados. Starke se irguió, pero notó cómo la sangre le saltaba en las venas.

Beudag le besó.

Starke dejó caer la cadena. Tenía algo mejor que hacer que sujetar la cadena en sus manos.

Al cabo de cierto tiempo, él levantó la cabeza para respirar y ella dio un paso atrás susurrando:

- No es Conan.

Todos los presentes presenciaron la escena con emoción puesto que estaban seguros de que ella daría la respuesta exacta sobre el tema que estaban deliberando. Al llegar a la altura de todos ellos volvió a susurrar profundamente y como si todas las ideas hubieran desaparecido de su imaginación.

- No, no es Conan.

Capítulo III

Se habían ido todos de la habitación. Starke se había lavado y afeitado. No tenía mal aspecto su nuevo rostro. Al contrario, lo tenía muy bueno y era totalmente desconocido en todo el Sistema.

Continuaba encadenado pero le habían limpiado la paja, o mejor, sustituido por otra en buen estado y vestía una túnica de cuero y un par de sandalias. Faolan estaba sentado en la alta silla entretenido con una vasija de vino. Beudag estaba tendida sobre un tapiz de pieles a su lado. Romna con las piernas entrecruzadas sobre el suelo, con los ojos medio dormidos y resbalando el dedo por su arpa que lanzaba una melodía imprecisa y sedante.

- Este hombre dice la verdad - comentaba Romna -. Pero hay otro espíritu que le persigue y acucia, el de Rann. No te fíes de él.

Faolan respondió:

- Yo no confiaría ni en uno de los dioses puesto en el cuerpo de Conan.

Starke dijo:

- ¿Pero qué es todo esto? Toda una lucha en el exterior y esa condenada Rann intentando meter un asesino en el interior. ¿Y qué ocurrió en Falga? Nunca oí en todo el océano citar un lugar llamado Falga.

El bufón separó las manos de las cuerdas:

- Yo te lo explicaré Hugh Starke. Y entonces tal vez sientas horror de estar en el cuerpo en que hoy te encuentras.

Starke hizo una mueca. Luego miró a Beudag. Ella le estaba mirando con una intensidad que sorprendió a Starke, a través de sus párpados bajos. La expresión de Starke cambió. ¡Separarse de su cuerpo! ¡Era un cuerpo! El juglar dijo:

- Al principio en el Mar Rojo, hubo una raza de gentes que tenían aletas y escamas. Eran anfibios, pero al cabo de un tiempo hubo una parte de los de su raza que quiso quedarse para siempre en tierra. Hubo una disputa, una batalla y algunos de ellos, abandonaron el mar para siempre, se establecieron tierra adentro. Con el tiempo, perdieron sus aletas y tenían un gran poder mental y amaban lo concerniente al mandato por telepatía. Subyugaron bajo estos principios a razas humanas y las redujeron a la esclavitud. Odiaban a sus hermanos que todavía vivían en el mar y sus hermanos les odiaban a ellos.

«Al cabo de un tiempo llegó otro pueblo al Mar Rojo. Eran ladrones procedentes del Norte. Asaltaron y robaron Cuanto pudieron. Se establecieron en Crom Dhu, la Piedra Negra, y construyeron barcos e hicieron pagar diezmos y primicias a las ciudades fronterizas.

»Pero el pueblo esclavo no quería luchar contra los ladrones. Querían luchar con ellos y destruir a los del mar. Los ladrones eran humanos y la sangre tira a la sangre. Y así y a través del tiempo, ha llegado el momento en que todos quieren dejar de ser guerreros para convertirse en constructores de su propia nación.

Así pues, los asaltadores, los del mar, y los esclavos, estos últimos estaban atrapados entre los otros dos comenzaron su lucha por la tierra.

Había una mujer llamada Rann que tenía el pelo color verde mar y gran belleza, y poseía el espíritu de los del mar. Había un hombre llamado Faolan el de los Barcos, y su hermana Beudag. Y había un hombre llamado Conan.

El arpa dejó oír unos lamentos a guisa de intermedio, como si el juglar tuviese que recordar la historia.

- Conan era - continuó - un gran luchador y un buen amante. Estaba a las órdenes de Faolan y Beudag le amaba, y eran felices. Después Conan fue hecho prisionero por las tribus del mar en una escaramuza y Rann le vio… Y él vio a Rann.

Hugh Starke tenía un ligero recuerdo de Rann, cuando sonriendo le decía con voz vibrante:

- Es un buen cuerpo, yo lo conocí antes…

Los ojos de Beudag eran como dos piedras de vitriolo azul bajo sus párpados.

- Conan permaneció bastante tiempo en Falga con Rann la del Mar Rojo. Luego volvió a Crom Dhu, y dijo que había escapado y que había descubierto un medio para introducirse en la bahía de Falga, por la parte posterior de la flota de Rann y que desde allí sería fácil apoderarse de la ciudad y de Rann con ella. Y Conan y Beudag estaban casados.

Los ojos de Starke se dirigieron hacia Beudag, que continuaba estirada como una joven leona llena de poder y belleza. De pronto cambió un poco su color. Su mirada se perdió en el infinito.

- Así pues - continuaba el juglar - el gran barco salió de Crom Dhu hacia el Mar Rojo. Y Conan les condujo a una emboscada en Falga, y más de la mitad de los componentes de la expedición se ahogaron. Conan pensó que su barco estaba libre de las manos de quienes había vencido y que por tanto era poseedor de Rann y de todo cuanto ella le había prometido, pero Faolan vio lo que ocurría y fue tras él. Lucharon y Conan golpeó con la espada la frente de Faolan y le cegó; pero Conan perdió el combate y Beudag les trajo a los dos aquí.

»Conan fue encadenado desnudo en la plaza del mercado. La gente tenía mucho cuidado en no matarle. De cuando en cuando, le hacían otras cosas peores. Al cabo de un tiempo enloqueció y después quedó como el irracional más abyecto, y Faolan le trajo aquí y le tuvo encadenado, donde pudiese oír el restallido de las cadenas, y cómo Conan las arrastraba. Esto le ayudaba a soportar la oscuridad y hacerla más llevadera.

»Pero después del asunto de Falga, las cosas fueron de mal en peor en Crom Dhu. Se perdieron muchos hombres y muchos barcos. Ahora las gentes de Rann nos tienen aquí como en una ratonera. No pueden entrar, pero tampoco nosotros podemos salir, y esto continuará así hasta que… - el arpa volvió a sonar con uno de los tonos más agudos.

Tras transcurrir unos minutos, Starke dijo con cierta calma como si midiese sus palabras:

- Sí, ya comprendo. Asuntos personales. Y Rann pensó que si yo llegaba a matar a los líderes, vuestras gentes se abandonarían a ella. - Y luego continuó como si discutiese consigo mismo -: ¡Qué ardides más sucios y qué bajezas! Y quién le dijo a ella que se sirviese de mí… - Hizo una pausa. Después de todo, pensó, ya estaría muerto. Y además un cuerpo nuevo. ¡Bah!, al demonio con Rann. El no le había pedido que lo hiciera. Y aparte de todo, él no era ningún asesino a sueldo. ¡Y además qué derecho tenía ella para imbuirle cosas que ni siquiera había pensado nunca? Especialmente para hacérselas a alguien como Beudag.

De todos modos empezaba a pensar, que ojalá no hubiera visto nunca las naves terrestre-venusianas, pues de ese modo no hubiera llegado nunca a ver las Montañas de la Blanca Nube.

Al parecer todo el mundo estaba esperando que dijera algo y por fin se decidió:

- Por regla general, cuando hay un encuentro como éste y la lucha no se decide por ninguno de los dos bandos, se suele echar mano de un bando. ¿No hay nadie a quien se pueda pedir ayuda?

Faolan sacudió la cabeza con desesperación:

- El pueblo esclavo podría levantarse, pero no tienen brazos y no están acostumbrados a la lucha. No harían más que hacerse asesinar y eso no nos ayudaría en nada.

- ¿Y esos otros que… esos que… las gentes que viven en el mar? ¿Y además qué es ese mar? Unas radiaciones que se desprendían de él lanzaron mi nave a la deriva y me arrojaron aquí.

Beudag dijo perezosamente:

- No sé qué es eso. Los mares que nuestros antepasados navegaron, eran mares de agua, pero éste es diferente. Flotará en sus aguas un barco si sabes cómo construirlo, muy delgado, con un metal blanco que extraemos del pie de las colinas. Pero cuando se nada en él, es algo así como nadar en una nube de burbujas. El entrechocar de esas burbujas parece que lance un sonido metálico, y cuanto más profundizas en él, más extraño aparece ante tus ojos oscuro y lleno de fuego. En ocasiones he permanecido en sus profundidades durante horas, cazando bestias que habitan aquellos parajes.

Starke dijo:

- ¿Horas? Entonces tendréis trajes apropiados para bucear, ¿sino, qué es de lo que disponéis?

Ella movió la cabeza sonriendo:

- ¿Por qué te preocupas por eso? No hay ningún inconveniente en respirar en ese océano.

- Por todos los demonios - respondió Starke -. Quizá no comprendo nada, pero debe tratarse de un gas pesado y radioactivo, con una presión atmosférica, lo suficiente denso como tensión superficial para hacer flotar cualquier cuerpo y que contiene una gran cantidad de oxígeno sin ninguna mezcla peligrosa. Entonces, ¿por qué no va alguien allí y trata de convencer a las gentes que lo habitan para que os ayuden? Según dijisteis antes, son enemigos de la rama de la familia de Rann.

- Sí, pero tampoco son amigos nuestros - intervino Faolan -. Nosotros estamos en la parte sur del mar. Incluso en ocasiones hacen derivar nuestros barcos y se pierden en la inmensidad. - Su boca dibujó un gesto de amargura que quería ser una sonrisa -. ¿Querrías ir tú para pedirles ayuda?

A Starke no le convencía el modo de hablar de Faolan, no le convencían aquellas proposiciones.

- No era más que una sugerencia - continuó Faolan.

Beudag se levantó desperezándose con cierta delicadeza y avanzó reflejando en su paso el dolor que le inflingían las heridas:

- Vamos, Faolan. Vamos a dormir.

El se levantó y puso la mano sobre el hombro de la muchacha. Una de las cuerdas del arpa de Romna lanzó un sutil sonido que más bien parecía de burla. Los ojos del juglar estaban velados y soñolientos. Beudag no miró a Starke, llamado Conan.

- ¿Y yo qué? - dijo él.

- Tú permanecerás encadenado - respondió Faolan -. Todavía tenemos mucho tiempo por delante para pensar. Mientras tengamos comida y el mar nos alimente…

Siguió a Beudag a través de una cortina de entrada que había a la izquierda. Romna se levantó despacio cargando con el arpa sobre su hombro blanco. Luego se quedó mirando fijamente los ojos de Starke.

- No sé… - murmuró.

Starke esperó sin hablar. Tenía el rostro inexpresivo.

- A Conan le conocíamos. A Starke no le conocemos. Quizás hubiera sido mejor si hubiera vuelto Conan. - Acarició la empuñadura de su cuchillo como distraídamente -. No sé. Quizá hubiera sido mejor para todos nosotros si te hubiera cortado la garganta antes de que volviera Beudag.

La boca de Starke hizo una mueca. No era exactamente una sonrisa.

- Sabes… - dijo con mucha seriedad el juglar - para ti, que procedes del exterior, ninguno de todos estos asuntos tiene importancia, excepto si en algo te concierne, pero nosotros vivimos en este pequeño mundo y morimos en él. Para nosotros todo es muy importante.

Ahora tenía el cuchillo en su mano y lo blandió en el aire repetidas veces que lanzó destellos al reflejar las llamas sobre su hoja.

- Tú luchas por ti, Hugh Starke. Rann lucha por ella, aunque sirviéndose de ti, y cada uno hace cuanto puede por sí mismo. No sé, la verdad, no sé.

Romna se movió con agilidad y envainó el arma:

- Está escrito por los dioses - continuó, aunque canturreando esta vez - está escrito por los dioses y espero que no sea nada malo lo que dejaron en sus escrituras.

Se fue. Starke tembló por un momento y sin causa aparente. Todo había quedado muy tranquilo en la habitación. Miró su collar, los ribetes del mismo, cada uno de los anillos de la cadena y el clavo fijo a la que estaba engarzada. Luego se sentó en el tapiz de piel que habían puesto para él en lugar de la paja.

Las silenciosas horas amargas que atravesaba, hicieron mella en su corazón, dándose cuenta de que esos minutos, esas horas, eran peores que cualquiera de las que hubiera pasado en las criptas de la Luna.

Ella llegó sigilosamente con una bujía en la mano. Era Beudag. Starke no dormía. Se levantó y permaneció a la espera. Ella dejó la bujía sobre la mesa, se adelantó un poco más y luego se detuvo. Llevaba una túnica blanca, que se estrechaba un poco sobre la cintura. Su cuerpo erguido y precioso, parecía recortado entre las sombras que formaban la tenue luz.

- ¿Quién eres? - susurró la mujer -. ¿Qué eres tú?

- Un hombre. No soy Conan. Quizá ya no soy tampoco Hugh Starke, pero al fin y al cabo un hombre.

- Amé al hombre llamado Conan hasta que… - Contuvo la respiración y se acercó más. Puso su mano sobre el brazo de Starke y aquel contacto hizo estremecer a Starke. La limpia y saludable fragancia que se desprendía de ella penetraba intensamente en él. Los ojos de la mujer buscaron ávidamente los de Starke.

- Si tales son los poderes de esa Rann, ¿no está dentro de lo posible que Conan se viese forzado a hacer lo que hizo? ¿No sería posible que Rann se apoderase del espíritu de Conan y le modelase a su capricho sin que él se apercibiese de ello?

- Quizás.

- Conan era amante de las peleas y ardiente en su temperamento, pero…

Starke dijo despacio:

- No creo que hubieras podido amarle si hubiera sido de otro modo.

La mano de Beudag continuaba apoyada en su antebrazo al tiempo que, mirando a Starke, se puso a temblar y luego empezó a llorar silenciosamente. Starke la acercó delicadamente hacia él y sus ojos brillaban a la luz de la bujía.

- Lágrimas de mujer - dijo ella con impaciencia al cabo de un momento. Intentó separarse de él -. He estado combatiendo durante mucho tiempo y estoy cansada.

El dejó que se separara, pero no demasiado.

- ¿Todas las mujeres de Crom Dhu luchan como los hombres?

- Si lo desean sí. Siempre se ha sometido a votación. Pero después de ocurrir lo de Falga yo tenía que luchar para no pensar - tocó el collar sobre el cuello de Starke.

Starke pensó en Conan en la plaza del mercado y le veía sacudiendo su cadena, arrastrándola por la habitación de Faolan, y veía también en su imaginación a Beudag viendo aquellas escenas. Sus dedos se apretaron y cerró los puños con fuerza. Luego volvió a abrir las manos y las pasó suavemente por los brazos de la mujer y fue subiéndolas lentamente hasta llegar a sus torneados hombros, para después acariciar su cuello. Ella llevaba el pelo suelto y podía sentir cómo su rojizo pelo le quemaba las manos.

Ella susurró:

- Tú no me amas…

- No.

- Eres un hombre honesto, Hugh Starke.

- Y tú quieres que te bese.

- Sí. Bésame.

- Eres una mujer honesta Beudag.

Los labios de la muchacha estaban hambrientos, apasionados, salpicados por la amargura de las lágrimas. Al cabo de unos instantes Hugh sopló y apagó la bujía…

- Yo podría amarte, Beudag.

- No del modo que yo quiero.

- Sí, del modo que tú quieres. Nunca dije esto a una mujer antes de ahora, pero tú tampoco eres como ninguna mujer que haya visto antes. Y yo… yo soy un hombre diferente.

- Extraño… tan extraño… Conan y no eres Conan.

- Yo podría amarte Beudag, si viviera.

Las cuerdas del arpa suspiraron en la oscuridad. Beudag se sorprendió, suspiró y se levantó del tapiz de pieles. En un minuto encontró piedra y acero y encendió la bujía. Romna el juglar estaba de pie junto a la cortina que servía de entrada a la habitación. Les contemplaba tranquilamente.

De pronto dijo:

- Vas a dejarle marchar.

- Sí - respondió Beudag.

Romna asintió. No parecía sorprendido. Dio unos pasos por la habitación y dejó el arpa sobre la mesa saliendo a otra habitación. En unos instantes volvió con una sierra metálica.

- Inclina tu cuello - ordenó a Starke.

El metal del collar era blando. Cuando lo hubo cortado, Starke introdujo sus dedos cerca de los dos extremos y abrió lo que antes fuera anillo, sin muchos esfuerzos.

Su antiguo cuerpo no hubiera podido nunca hacer esto. Pensó que en realidad Rann no le había castigado mucho. No, no mucho.

Se levantó mirando a Beudag. La cabeza de la muchacha estaba inclinada hacia delante con el rostro velado por su resplandeciente pelo rojizo.

- Sólo hay un medio para salir de Crom Dhu - dijo ella -. Hay un pasadizo rocoso que conduce a una bahía secreta, lo suficientemente amplia como para albergar una o dos embarcaciones pequeñas. Quizás amparado por la noche y la niebla, puedas deslizarte a través de la vigilancia de Rann, o tal vez puedas refugiarte en uno de sus barcos y de ese modo llegar a Falga. - Cogió la bujía -. Te conduciré.

- Espera - respondió Starke -. ¿Y tú qué vas a hacer?

Ella le miró sorprendida.

- Yo como es lógico me quedo.

El la miró fijamente a los ojos:

- Va a ser muy difícil que nos podamos conocer, de este modo.

- Tú no puedes quedarte aquí, Hugh Starke. La gente se abalanzaría sobre ti y te destrozaría desde el primer momento que salieses a la calle. Hasta llegarían a asaltar nuestra residencia para poder hacerse contigo. Mira allí. - Dejó a un lado la bujía y le condujo hacia una estrecha ventana, separando la cortina que la cubría.

- Allí - continuó Beudag - está lo que podríamos llamar la tierra de todos. Crom Dhu está conectada a ella por una lengua rocosa. Los pueblos del mar tienen las tierras que se extienden a su lado, pero nosotros podremos permanecer sobre ese puente rocoso mientras vivamos. Tenemos agua y alimento suficiente procedente del mar. Pero no hay tierras de cultivo ni ganados en Crom Dhu. Dentro de poco tiempo estaremos desnudos, sin cueros ni otros materiales que nos sirvan de abrigo y padeceremos enfermedades, si no tenemos grano ni frutos. Estamos vencidos a menos que Dios haga un milagro, y estamos vencidos como consecuencia de lo que ocurrió en Falga. Ya puedes imaginar lo que siente el pueblo.

Starke miró las oscuras calles y las casas silenciosas apoyadas las unas contra las otras, con sus débiles luces luchando contra la niebla.

- Sí - respondió - ya me doy cuenta.

- Además, está Faolan. No sé todavía si cree tu versión. Ni sé si le interesa mucho.

Starke asintió:

- ¿Pero no vendrás conmigo?

Ella se volvió como si quisiera eludir la pregunta y, dirigiéndose al Juglar le dijo:

- ¿Tú vienes Romna?

El Juglar asintió, cargando el arpa sobre su hombro. Beudag echó a un lado la cortina de una puertecita que había al otro lado de la habitación. Starke la atravesó con Romna tras él y Beudag delante con la bujía. Ninguno hablaba,

Anduvieron por un estrecho pasadizo, atravesando habitaciones y oquedades. Se detuvieron un momento mientras Starke escogía un cuchillo, y Romna susurró:

- ¡Esperad!

Se mantuvo a la escucha. Starke y Beudag permanecieron escuchando también. No se oía nada en aquel lugar donde todo parecía dormido. Romna explicó:

- Me pareció oír unas sandalias que se arrastraban por el suelo.

Continuaron adelante.

El pasadizo conducía a una puerta de madera, profundizando en la roca, sin dejar entrever por sus lados otros pasadizos o derivaciones del mismo. En algunos trechos había escaleras. El final del pasadizo parecía una pequeña caverna de piedra negra. Beudag dejó la bujía a un lado.

Había dos pequeñas embarcaciones atadas a unos anillos incrustados en la pared. Estaban construidas con un metal muy ligero y dos remos se hallaban apoyados en la pared. Beudag los metió en el bote más próximo. Luego se volvió hacia Starke. Romna desapareció entre las sombras de la boca del túnel.

Beudag dijo tranquilamente:

- Adiós hombre sin nombre.

- ¿Tiene que ser adiós?

- Ahora yo soy el jefe, puesto que tengo que reemplazar a Faolan. Además es mi pueblo - Sus dedos se apretaron contra las muñecas de Starke. - Si pudieras… - Sus ojos parecieron adquirir un destello de esperanza, después bajó la cabeza y dijo: - Me olvidaba de que no eres uno de los nuestros. Adiós.

- Adiós Beudag.

Starke la rodeó con sus brazos y encontró su boca. Los brazos de la muchacha le apretaban también con fuerza, con los ojos entornados y soñadores. Las manos de Starke se deslizaron hacia arriba, hasta la garganta y apretaron con fuerza.

Ella se echó hacia atrás, con el cuerpo curvado y tenso como el acero. Por un momento hubo fuego en sus ojos mientras miraba los de Starke. Sus dedos apretaron con fuerza sobre los centros nerviosos vitales y la cabeza de Beudag cayó pesadamente hacia delante, en el momento que Romna cayó sobre la espalda de Starke con la punta del cuchillo sobre su garganta.

Starke le cogió por la muñeca y apartó el cuchillo de su cuello. La sangre corrió por su pecho, pero la herida no había afectado la arteria. Se retiró hacia atrás sobre la roca. Romna no pudo separarse a tiempo pero no soltó el cuchillo. Starke rodó por la piedra con él. El juglar no era enemigo para él: Era fuerte y ágil, pero la potencia y talla de Starke le superaba enormemente. Starke podía recordar los días en que el juglar no le hubiera parecido pequeño. Golpeó con el puño con todas sus fuerzas sobre la barbilla de Romna. La cabeza chocó con fuerza con la piedra. Soltó el cuchillo. La lucha parecía haber acabado. Starke se levantó. Estaba sudando y respiraba

pesadamente y no a causa del esfuerzo. Sentía su boca llena de saliva como la de un perro y sus ojos amarillos tenían una mirada extraña.

Volvió hacia Beudag.

Estaba tumbada de espaldas sobre la roca negra. Starke se puso de rodillas sobre su cuerpo y con todo su peso ahogaba la respiración de la muchacha. La miró. El sudor corría por su rostro y cogió su garganta entre sus manos nuevamente.

Veía las venas que se marcaban sobre la pálida frente y cómo aquellos labios que antes había besado se amorataban. Ella se defendió un poco, pero sin fuerzas, como alguien que se mueve en un sueño. Starke respiraba pesadamente.

Luego, gradualmente, su cuerpo fue tomando rigidez. Sus manos quedaban heladas sin relajar su esfuerzo, pero sin aumentarlo tampoco. Sus ojos amarillos se abrieron de par en par. Era algo como si intentara ver el rostro de Beudag y que éste estuviera escondido por densas nubes.

Tras él, en el túnel, se percibía el susurro de unas sandalias que se arrastraban Teniente sobre la roca. Starke no oía.

Sus manos empezaron a abrirse. Los músculos de sus brazos y hombros parecían cuerdas rígidas corno si hubiese estado removiendo grandes pesos. Se mordía los labios. Inclinó el rostro y el sudor resbaló por su cara cayendo sobre el pecho de Beudag.

En esos momentos Starke apenas ya rozaba el cuello de Beudag y ella comenzó a respirar pesadamente.

Starke se echó a reír. No era una risa agradable.

- Rann - susurró ¡Rann, diablesa!

Casi cayó al separarse de Beudag, y cuando se puso en pie fue a apoyarse contra el muro. Se movía convulsivamente.

- No hice uso de tu odio para matar, pero lograste hacerlo de mi pasión.

Estuvo insultándola, con un susurro silbante. Nunca hasta aquel momento había insultado a nadie de aquel modo. Oyó el eco de una risa que bailaba en su cerebro.

Starke se volvió. Faolan estaba de pie en la boca del túnel, e inclinaba la cabeza escuchando con sus oscuros ojos negros fijos en Starke como si le viese.

Faolan dijo en voz baja:

- Te oigo, Starke. Y oigo la respiración de los otros, pero no hablan.

- Ellos están bien. Yo no quise…

Faolan sonrió. Se adelantó, dejando el estrecho pasadizo. Sabía adónde iba y su sonrisa no era agradable precisamente.

- Ví vuestros pasos por el túnel cuando pasasteis cerca de mí habitación. Sabía que Beudag te conducía, y dónde, y por qué. Hubiera llegado aquí antes, pero es un camino muy difícil para hacerlo entre tinieblas.

La bujía estaba entre ambos y sintió su calor cerca de su pierna. Se detuvo para cogerla, pero sólo consiguió tirarla al suelo y todo quedó en la oscuridad. Muy oscuro. Sólo un tenue reflejo del océano penetraba por la boca de la caverna.

Presintiendo que ya todo había quedado en la oscuridad, dijo sin perder la calma:

- No importa. De nada me hubiera servido. Lo importante es que haya llegado a tiempo.

- Faolan…

- Te quería a solas. En esta noche te quería a solas. Beudag lucha en mi lugar, Conan. Mi memoria necesitaba pruebas.

Starke miró a su alrededor midiendo la distancia que le separaba del bote. No quería luchar contra Faolan. En su lugar hubiera experimentado los mismos sentimientos. Starke lo comprendía perfectamente. No odiaba a Faolan, no quería matarle pero temía el poder de Rann, cuando aquélla se apoderaba del control de sus emociones. Starke no se perdonaría nunca si matara a alguien sólo por dar gusto a Rann.

Se movió con todo sigilo, pasando ante Faolan y tratando de alcanzar la embarcación. Faolan no parecía oírle. Starke no respiraba. Sus sandalias se posaban con más suavidad que copos de nieve.

De pronto la mano de Faolan se extendió y fue a tocar el pelo negro de Starke. El ciego se echó a reír y apretó con fuerza.

Starke se dejó caer al suelo. Quería liberarse cuanto antes y salir de allí. Pero Faolan era rápido y se abalanzó sobre Starke. Era de talla superior a la de éste, de más peso, y la oscuridad no le importaba.

Starke apretó los dientes con rabia. ¡Había que darse prisa y salir de allí! Si no era así, aquella gata de ojos verdes…

El golpe brutal de Faolan le tiró al suelo nuevamente. El brazo del ciego aplastaba su cuello y con el otro puño castigaba sin compasión el vientre de su enemigo. Starke consiguió liberarse al fin de aquella situación.

Había luchado en muchos sitios. Había aprendido de los guerreros marcianos las defensas y contraataques más temibles y los ardides más expeditivos y todas las trampas y suciedades de los hombres Nahalí de ojos rojos, pero ahora no hizo uso de su cuchillo, empleó las rodillas, los pies, los codos, sus manos y sus puños. Era un combate magnífico. Faolan era un gran luchador, pero Starke sabía más.

Un golpe más, pensaba Starke. Un golpe más y estará fuera de combate. Se hizo hacia atrás para conseguir aquel golpe decisivo, pero su talón tropezó con Romna que continuaba tendido en el suelo. Perdió el equilibrio y Faolan atinó a alcanzarle de lleno con un golpe certero. Starke cayó hacia atrás contra el muro de la caverna. Su cabeza chocó contra la roca y la luz fue desapareciendo de su cerebro, comenzó a poner se pálido y a enfriarse y se perdió en las tinieblas.

Estaba cansado, terriblemente cansado. Le dolía mucho la cabeza. Quería descansar pero se daba cuenta de que estaba sentado haciendo algo que le apremiaba sin saber por qué. Abrió los ojos.

Se hallaba sentado en el banco de una pequeña embarcación. El largo remo se sujetaba por el centro a la barca y del extremo se asía con fuerza Starke, como si temiese que se le fuera a escapar. La pala del remo se hundía con fuerza en el mar rojo, y allí donde tocaba el metal se levantaba un chisporroteo de fuego plateado y partículas brillantes. La embarcación se movía con rapidez a través de la niebla, a través de las profundidades de la tibia noche venusiana.

Beudag estaba tendida en el suelo frente a Starke. Estaba atada con tiras arrancadas de su vestido. Unas huellas aparecían confusas en su garganta. Miraba a Starke con la intencionada y perfecta expresión de una tigresa.

Starke se miró a sí mismo. Había sangre en su túnica y una mancha oscura sobre el pecho.

No era sangre suya. Sacó lentamente el cuchillo de su funda. La hoja estaba oscura y todavía conservaba la humedad.

Starke miró a Beudag. Sentía los labios secos y enfebrecidos. Se los mordió y dijo:

- ¿Qué ha ocurrido?

Ella sacudió la cabeza despacio y sin hablar.

Un acceso de rabia y desesperación se apoderó de Starke de pronto. ¡Rann! Se levantó dejando el remo abandonado y se puso a desatar las muñecas.

Capítulo IV

Una sombra se fue acercando hacia ellos entre la oscuridad de la noche y el rojo del mar. Era un barco con dos series de pesados remos que hacían saltar chispas de fuego en su movimiento y que llevaba la sombra de una silueta a bordo, que recordaba el cuerpo de una mujer. Una mujer con pelo y ojos de agua marina, se acercó a la embarcación de Starke.

Una escalera de cuerda resbaló por el costado. Había hombres que se alineaban sobre la barandilla, hombres fusiformes, con una piel que daba reflejos como polvo de nieve y el pelo de un color que se confundía con la noche.

Uno de ellos dijo:

- Sube a bordo, Hugh Starke.

Starke volvió al remo. Lo azotó contra el mar haciendo que la embarcación describiese un arco para acercarse al barco de Rann.

En las manos de los hombres aparecieron arcos y en las cuerdas de los arcos afiladas flechas metálicas.

El hombre repitió nuevamente con cortesía:

- Sube a bordo.

Starke terminó de desatar a Beudag. No respondió. No parecía tener ninguna respuesta adecuada en aquel momento. Permaneció atento sobre su embarcación mientras ella subía la escalera, y luego la siguió. El barco quedó a la deriva. El barco de Rann dio media vuelta recuperando velocidad.

Starke preguntó:

- ¿Adonde vamos?

El hombre sonrió al responder:

- A Falga.

Starke hizo un gesto como si de antemano hubiera comprendido la respuesta. Descendió con Beudag a una cabina donde habían mullidos cojines cubiertos de seda y cuadros de madera negra maravillosamente pintados con fantásticas escenas, que representaban el pasado del pueblo de Rann. Se sentaron uno frente a otro pero manteniendo completo silencio.

Divisaron Falga al amanecer, una ciudad con arrecifes de basalto que se elevaban sobre el rojo y ardiente mar, con un ancho brazo que dibujaba una bahía repleta de barcos. A lo lejos se divisaban campos verdes y más allá, confundida entre las tinieblas de Venus, la Montaña de la Blanca Nube. Starke deseó no haber visto nunca la Montaña de la Blanca Nube. Luego, mirándose las manos largas y fuertes, apoyadas sobre sus caderas, se dijo que no estaba seguro de lo que acababa de pensar. Pensó en Rann que estaría esperándole. La rabia y la incertidumbre se confundieron en una violenta emoción que le dejó muy nervioso.

Beudag estaba sentada tranquila esperando. Del largo barco empezaron a saltar las maromas, a medida que se acercaba a un espacioso embarcadero. Los hombres se apresuraban por terminar las faenas.

Starke y Beudag saltaron a tierra. Igual podían ser prisioneros que invitados de honor, rodeados de una escolta de hombres que vinieron con ellos en el barco. Las oscuras calles dejaban atrás la bahía, zigzagueando y subiendo hasta la cima de los arrecifes. A ambos lados había casas. Había empezado a llover pero pese a ello una gran multitud se agolpaba a su alrededor.

Algo había de extraño en todo aquello. Al cabo de un rato Starke se dio cuenta de que todo guardaba un gran silencio. Aquella horda humana, ni reía, ni cantaba ni chillaba. Ni siquiera los niños emitían un susurro. Comenzó a sentirse enfermo. Había una mirada en aquellas gentes…

Miró a Beudag y continuaron.

El final de aquellas calles conducía a unas galerías excavadas sobre el arrecife y los acompañantes de Starke les introdujeron por ellas. Fueron pasando de una a otra, y por algunos resquicios se divisaba el mar abierto. Había la misma masa de gente, la misma rigidez y el mismo silencio. Todos los ojos miraban con atención los pies que se movían descalzos furtivamente por la piedra. Desde uno de los lados, un niño lloró tímidamente, pero al momento se vio acallada su interrupción.

Terminaron saliendo a lo alto del arrecife, al aire libre. Había una ciudad con amplias calles adornadas con árboles; pequeñas casas de piedra negra rodeadas de jardín donde salpicaban las flores. Hombres y mujeres desnudos trabajaban en los Jardines o limpiaban de maleza y suciedad las avenidas, o bien caminaban de prisa deslizándose furtivamente por las calles principales, para desembocar en otras arterias menos importantes.

El grupo se alejó del mar dirigiéndose hacia el palacio de ébano que descansaba como una corona por encima de la ciudad. La lluvia resbalaba sobre el cuerpo desnudo de Starke, y desde la altura en que se hallaban, se podía percibir el olor del agua de lluvia a través del perfume de las flores. Se podía oler a Venus en la lluvia, primitiva y salvaje, con una fecundidad gigantesca y con flores de pasión en sus manos extendidas.

Entraron en el palacio de Rann.

Ella les recibió en la misma habitación donde condujeron a Starke tras el hundimiento de su nave espacial. A través de la amplia arcada, Starke divisó el alto lecho donde su cuerpo descansó antes de que la vida se fuese de sus miembros. Rann les contemplaba plácidamente desde un alto cojín empotrado en el muro. Sus largas, torneadas y preciosas piernas se extendían sobre sus suaves sedas negras. Llevaba en esta ocasión una túnica amarilla. Sus ojos eran como siempre verdosos, vivos, secretos y peligrosos.

Starke dijo:

- De modo que conseguiste de mí lo que te habías propuesto.

- Y tú estás enojado - rió mostrando la blancura de sus dientes perfectamente afilados. Su mirada se enfrentó a la de Starke. No había nada de casual en ello.

Beudag se mantenía como una estatua de bronce, con los brazos cruzados por debajo de su desafiante y desnudo pecho. Dos de los guardias del palacio de Rann estaban atentos tras ella.

Starke se encaminó hacia Rann.

Ella contemplaba cómo se le acercaba, dejándole aproximarse lo suficiente, como para poderla tocar si lo deseaba. Dijo con timidez:

- ¿Es un buen cuerpo, verdad?

Starke la miró por un momento y luego se echó a reír. Su risa era histérica, algo convulsivo que ni él mismo podría explicar después. De pronto se detuvo, miró directamente a los ojos de Rann y dijo:

- No te conozco.

Ella asintió.

- Nos conocemos mutuamente. Siéntate, Hugh Starke. - Echó sus piernas a un lado para hacerle sitio, y miró a Beudag. Starke se sentó. El, sin embargo, no tuvo una mirada para Beudag.

- ¿Atacará ahora tu pueblo? - preguntó Rann.

Beudag no se movió ni pestañeó, antes de responder:

- Si Faolan muere, sí.

- ¿Y si no es así?

Beudag pensó un poco antes de responder:

- Entonces - dijo tranquilamente - esperarán.

- ¿Hasta que haya muerto?

- O hasta que tengan que atacar - dijo con altivez Beudag.

Rann asintió. Luego, dirigiéndose a los guardias, dijo:

- Velad porque esta mujer sea alimentada y se le trate lo mejor posible.

Beudag y su escolta se disponían a marcharse cuando Starke dijo:

- ¡Esperad!

Los guardias miraron a Rann, que accedió mirando inquisitivamente a Starke. Entonces éste preguntó:

- ¿Ha muerto Faolan?

Rann dudó, pero al fin sonrió y respondió:

- No. Eres muy mal pensado Starke. Le golpeaste con mucha fuerza pero no lo suficiente. Puede morir, pero aún… No, no está muerto. - Se volvió hacia Beudag y le dijo con cierta ironía:

- No debes tener ningún resentimiento contra Starke. Yo soy la única que debería estar enfadada -. Volvió los ojos hacia Starke, pero éstos no daban muestra de estar encolerizados.

Starke dijo:

- Hay otro asunto, Conan, o el que era Conan antes de ocurrir lo de Falga.

- El Conan de Beudag.

- Sí. ¿Por qué traicionó a su pueblo?

Rann le miró sorprendida con sus labios pálidos curvados y sus blancos dientes resplandeciendo. Luego volvióse a Beudag, la que continuaba allí como una estatua, aunque sus ojos no eran precisamente los de una imagen.

- Conan o Starke - dijo ella - pero Beudag continúa siendo Beudag, ¿no es verdad? Pues bien, te lo diré. Conan traicionó a su pueblo porque yo me lo propuse que lo hiciera. Me apoderé de su mente y le obligué. Se defendió y luchó desesperadamente, pero no era tan duro como tu, Starke.

Se hizo el silencio y por primera vez desde que entraron en la habitación, Starke miró a Beudag. Al cabo de un momento ella suspiró, alzó la cabeza y sonrió profunda y desmayadamente.

Los guardias caminaban tras ella, pero ninguno mantenía un paso tan firme y resoluto como Beudag.

- Bueno - dijo Rann cuando su enemiga hubo salido - ¿qué me cuentas de Hugh Starke llamado Conan?

- ¿Qué voy a contar y qué puedo hacer?

- Yo siempre me guardo la última carta para mí.

- Entonces devuélvemela y deja que me vaya de aquí.

- ¿Estás seguro de que eso es lo que quieres? ¿Podrías quedarte un poco más?

- ¿Contigo?

Rann alzó los hombros con indiferencia:

- No te prometo la mitad de mi reino, ni parte de él, pero podrías pasártelo perfecta y estupendamente.

- No tengo ningún sentido del humor.

- ¿Y ni siquiera quieres ver lo que le ocurre a Crom Dhu?

Starke se levantó y respondió malhumorado:

- Al demonio con Crom Dhu.

- Y Beudag.

- Y Beudag. - Se detuvo de pronto mirando los ojos de Rann que estaban inescrutables No. Beudag, no. ¿Qué vas a hacer con ella?

- Nada.

- Nada. No me mientas.

- Te lo repito, nada. Cualquier cosa que hiciera yo, sería por deseo de su pueblo.

- ¿Qué quieres decir?

- Me refiero a que durante unos cuantos días descansará y estará bien alimentada y atendida. Luego la embarcaré en mi propio barco y reuniré a toda la flota ante Crom Dhu. Beudag será instalada confortablemente en el mástil mayor, de modo que su pueblo la pueda ver perfectamente. Estará allí hasta que su pueblo se rinda y de su pueblo dependerá su permanencia en el mástil. Se le dará poca agua pero la suficiente.

Starke la miró sorprendido durante algún tiempo y luego escupió deliberadamente sobre el suelo diciendo con voz ronca:

- ¿Cuándo puedo salir de aquí?

Rann se echó a reír.

- Humanos - continuó - sois divertidos. Pienso que nunca llegaré a comprenderlos. - Extendió la mano e hizo sonar un «gong» que se hallaba a su alcance. La nota profunda del «gong» tenía algo de nostalgia y Rann se dejó caer nuevamente sobre el cojín de sedas y brocados, suspirando.

- Adiós, Hugh Starke.

Hubo una pausa para luego repetir con pesar:

- Adiós, Conan.

Hacía un tiempo espléndido sobre las aguas del Mar Rojo. Uno de los barcos de Rann les había llevado hacia la parte sur dejándoles en una playa inhóspita bajo los arrecifes. Desde allí dirigiéronse hacia una elevación rocosa del terreno. En el grupo iba Hugh Starke y cuatro arrogantes guerreros de Rann. Hacían a la vez de guía y escolta. Eran corteses y no se oponían si Starke se detenía, o bien por el contrario sentía como si el demonio espolease sus talones La única diferencia era que ellos iban armados y él no.

De cuando en cuando, Starke sentía cómo el espíritu de Rann arañaba el suyo rozándole con delicadeza, como si lo hiciera con la garra de un gato. Otras veces despertaba de sus sueños con la imagen de aquella mujer en su imaginación, con los labios salpicados de burla y con una secreta sonrisa. No le gustaba en absoluto.

Le gustaba menos esto que permanecer con ella directamente despierto o durmiendo. Sin embargo, le tranquilizaba la imagen de la otra mujer.

- Se le dará agua - había dicho Rann - No mucha pero la suficiente.

A la quinta noche, uno de los hombres de Rann habló tranquilamente alrededor del fuego:

- Mañana - dijo - llegaremos al sendero.

Starke se levantó alejándose del grupo. Se sentó. La niebla rojiza le envolvía como un manto de sangre. Pensó en la sangre que llevaba en el pecho de Beudag, el primer día que la vio. Pensó también en la sangre de su cuchillo, ennegrecida y seca. En la sangre que había corrido en poco tiempo en Crom Dhu. La niebla tenía que ser forzosamente roja, dedujo en sus pensamientos. De entre todos los colores del universo tenía que ser roja forzosamente. Roja como el cabello de Beudag.

Apretó con las manos sus sienes y deseó con todas sus fuerzas no haberse separado nunca de su antiguo cuerpo. Tenía un espíritu mucho más terco, había dicho Rann. Sí, había tenido que ser terco. Había sido siempre muy terco. Las pocas mujeres con quienes había tratado en su vida, así se lo habían dicho. Pero con su antiguo cuerpo no había tenido nunca problemas.

Y ahora sin embargo los tenía.

Al día siguiente llegarían al sendero.

Agua. Le darían agua. No mucha pero lo suficiente.

Conan se levantó, se asió a un saliente de la roca y sus músculos se marcaron en su cuerpo ostensiblemente.

- ¡Oh, Dios! - susurró - ¿qué es lo que me ocurre?

Amor.

No era Dios precisamente quien había respondido. Era Rann. La vio con toda nitidez en su mente oyendo su voz como una campana de plata.

- Conan era un hombre como Hugh Starke. Lo tenía todo, cuerpo, corazón y cerebro. Sabía cómo amar, y para él no había mujeres, sino una mujer cuyo nombre era Beudag. Yo le destruí, pero no fue fácil. A ti no puedo destrozarte.

Starke se mantuvo de pie durante largo rato sin moverse, a no ser por los temblores que azotaban su cuerpo.

Se volvió por el sendero rocoso, hacia el lugar donde habían acampado. Los cuatro hombres que vestían el uniforme de las tropas de Rann, salieron de la oscuridad de la noche y le rodearon. Las puntas de sus espadas brillaban con destellos plateados.

Starke no llevaba sobre él más que la túnica y las sandalias y un manto de espeso tejido que le servía para protegerse de la lluvia.

- ¿Os envía Rann? - les preguntó.

Ellos asintieron.

- ¿Para matarme?

Asintieron nuevamente. La sangre pareció desaparecer de pronto del rostro de Starke, dejándole pálido al escuchar la respuesta. Su mano se dirigió hacia la garganta para desatar el manto.

Los cuatro hombres se acercaron a él como en una danza macabra.

Starke extendió su manto y lo ondeó en el aire con fuerza a modo de un látigo. Les dejó confundidos durante un segundo pero fue suficiente. Starke desarmó de un sólo movimiento a dos de los hombres, y tras ello se hizo a un lado. Aprovechándose de la confusión del momento, cogió a uno por las piernas y se sirvió de él a modo de escudo y arma defensiva.

Aquel cuerpo era muy ligero, como si los huesos que formaban su armazón, no fueran más que rígidas membranas como las de un pez.

No obstante, de haber continuado luchando, hubiesen terminado con él en unos segundos. Eran hombres hechos a la lucha y rápidos. Por esto Starke no se quedó y aprovechó el momento oportuno para huir. Ellos corrían desaforadamente detrás de sus talones, con la punta de sus espadas casi rozando su cuerpo, pero al fin consiguió perderlos. Siguió el camino que marcaba el sendero rocoso y sin separarse nunca de la vista del mar.

El sobrealiento parecía que iba a hacerle saltar los pulmones. Le estallaban los oídos. Se llevó las manos a la cabeza, apretándolas fuertemente con los pulgares. Estaba en la parte alta de los arrecifes. Inclinó la cabeza hacia delante y vio cómo el mundo se desplomaba a sus pies. Cayó sobre la superficie del mar.

No hubo choque en su contacto con el océano.

Todo era como un fuego que se elevaba a su alrededor acariciando su cuerpo y levantando chispas. Parecía que había perdido todo su peso, como si su carne se hubiera convertido en fuego. No tuvo reacción alguna, sólo una sensación sugestiva de ahogo. Tenía la impresión de haber caído en un lecho de aire comprimido. Starke se percataba de las vueltas que iba dando en aquella caída que lentamente le llevó hasta el fondo.

Más que un fondo, parecía un mundo cristalino que tenía el aspecto de un bosque.

Podía verlo todo, avanzando lentamente por el suelo de aquel océano y dirigiéndose hacia las sombras rojizas de la distancia. Había momentos en que su configuración recordaba delicadas ramas de un árbol, sin hojas y frutos.

No podría explicar las sensaciones que experimentaba. Nada se movía entre los troncos. Todo era quietud.

Se apercibió de que podía nadar con toda facilidad. O tal vez era más apropiado decir que volaba. El denso gas le remontaba hacia la superficie casi balanceando el peso de su cuerpo, de tal manera, que era fácil avanzar en todas direcciones cogiéndose a una de aquellas ramas cristalinas y darse impulso para llegar hasta la siguiente.

Profundizó más y más en el corazón de aquel océano sur, pero nada se movía. Aquel bosque ferial se abría ilimitadamente por todas partes. Starke tenía miedo.

De pronto la imagen de Rann asaltó su mente. Su rostro que percibía con toda perfección, adoptaba un aspecto burlesco.

- Voy a ver cómo mueres, Hugh Starke, pero antes te enseñaré algo. Mira.

Su rostro se ensombreció y en su lugar apareció Crom Dhu. La ciudad se veía perfectamente entre la niebla rojiza, grandes barcos hundidos y destrozados y toda la flota de Rann rodeando la ciudad en un círculo radiante.

Había un barco que destacaba sobre todos. El barco capitán. La atención de Starke se concentró particularmente en éste y en el mástil principal y en la mujer que había sobre el mismo, desnuda, rígida, con todo el cuerpo atado por recias cuerdas. Una mujer de pelo rojizo soltado al viento, con unos ojos azules que miraban como un halcón hacia Crom Dhu.

Beudag.

La risa de Rann cubrió todo el panorama y su voz sonó como una cascada de agua helada:

- Hubieras hecho mejor - decía - en dejarte matar cuando envié a mis soldados a que lo hicieran.

Ella se fue y la imaginación de Starke quedó fría y vacía como la de un muerto. Se halló nuevamente entre las ramas cristalinas y mirando atentamente en la dirección donde antes se desarrollaban las horribles escenas.

Nunca hasta aquel momento había gritado o rezado, movido por el temor, pero ahora lo hizo.

Parecía no transcurrir el tiempo, en aquellas confusas aguas de! mar. Quizás hacía unos minutos o tal vez horas que estaba allí, cuando se dio cuenta de que le perseguían.

Había tres hombres deslizándose suavemente entre las aguas y ocultándose entre las ramas. Tenían los cuerpos plateados y casi fosforescentes y de gran talla, con unos ojos muy brillantes en sus rostros afilados. Poseían cuatro miembros que podían ser piernas y brazos y que escondían perfectamente en su cuerpo. Tenían membranas plateadas que descendían desde la cabeza hasta la espalda y que movían a modo de aletas, al propio tiempo que también movían con soltura la cola.

Se podían haber acercado a él fácilmente, pero no parecían tener prisa alguna en hacerlo. Starke tuvo la precaución de no darse por apercibido, Aparentando no querer alejarse de allí. Continuó vigilándoles en apariencia con toda tranquilidad. Descubrió que las ramas cristalinas podían romperse, y escogió una de ellas bastante afilada y se la puso bajo el cinturón a modo de espada. No tenía la esperanza de que le pudiera servir de mucho, pero le hacía sentirse más protegido.

Se preguntaba por qué no se sucedían los acontecimientos con más velocidad y terminaba todo. Aquellos hombres que le seguían, parecían estar bastante hambrientos a juzgar por el modo que tenían de mostrarle los dientes, pero continuaban guardando la misma distancia, en una especie de formación decreciente, de tal modo que cada vez que uno de ellos hacía movimiento de acercarse a él, volvía a retroceder como si estuviera impulsado por algo extraño. No parecía sino que estuvieran cazando…

La verdad era que no le estaban dando caza, sino que le estaban cercando y de ese modo le conducían hacia un lugar establecido de antemano.

No podía hacer nada por evitarlo. Intentó detenerse, pero entonces ellos se abrían en abanico operando de un modo perfecto. Mientras Starke hubiera tratado de desembarazarse de uno de ellos con su improvisada arma, los otros hubieran arremetido con él como perros guardianes lo hicieran a un ladrón furtivo.

Starke se rindió a lo inevitable y se dejó conducir hacia el lugar que ellos indirectamente le indicaban.

Al cabo del rato oyó una música.

Parecía proceder de un arpa, con una extraña vibración en sus notas.

Los tres hombres parecían contentos de llevar a cabo su hazaña y tenían ahora más prisa por llegar a su fin, abriendo sus aletas plateadas, y moviéndose con más agilidad y seguridad que antes.

Starke notaba cómo aquellas vibraciones repercutían en él, haciendo vibrar todas las libras de su cuerpo.

Decidió moverse con más rapidez, no a causa de los sabuesos que le perseguían, sino porque le pareció mejor obrar así. Aquel temblor de su carne le ponía nervioso y comenzó a respirar con más fuerza, en parte a causa del esfuerzo y además a causa de la composición del aire.

Llegó a un lugar donde le pareció que la luz era más roja, de vivacidad, pero sabía que se estaba acercando a la fuente de procedencia.

Vio un grupo compuesto por más de cien sabuesos plateados. Vio al jefe con el arpa silenciosa entre sus manos.

El grupo se movía imperceptiblemente, lleno de fosforescencia.

Cien, doscientos guerreros aparecieron desde otros lugares, por parejas, uno por uno, o bien en tupidos grupos. Todos ellos se movían en completo silencio, dejándose arrastrar por las plácidas oleadas rojizas.

El jefe se puso en pie. Sus agudos ojos de verde agua marina encontraron los de Starke. Su mano plateada se dirigió hacia las cuerdas del arpa y dio un golpe sobre ellas. La reverberación del golpe se extendió y alcanzó a Starke en una sacudida. Aquel golpe le desarmó de la daga cristalina.

Sus ojos se llenaron de fuego. Perdió el control muscular. Quiso luchar, pero se sintió impotente. Aquel jefe era uno de los de la tribu marina que había venido a verle y de un modo o de otro lo conseguiría.

Starke se preguntaba si todos aquellos guerreros estaban muertos o vivos. Pero aún le esperaba otra sorpresa.

Eran hombres de Rann. Hombres de Falga. Hombres plateados con ardiente pelo verde. Hombres de Rann. Uno de ellos erraba sin dirección fija de un lado a otro, dejándose arrastrar de una a otra ola. Parecía muerto.

¿Qué tenían que ver las tribus del mar con los guerreros de Falga?

Un grupo innumerable pasó junto a él lentamente y por un momento se sintió rodeado. Algunos cuerpos le rozaron. Cuerpos fríos. Tuvo ganas de gritar, pero las cuerdas vocales se contrajeron aunque en su imaginación tuvo eco el grito:

- ¿Estáis vivos hombres Falga?

No hubo respuesta. Les miraba a los ojos y nada podía deducir. Se habían olvidado de Falga. Habían olvidado a Rann por quien tantas veces levantaron su espada. Sus lenguas balanceándose en la boca no pedían otra cosa sino el sueño. Y lo estaban realizando.

El arpa habló y los hombres marinos obedecieron. Volvió a hablar y aquellos seres se movieron inquietos como en una pesadilla. Los sonidos de un coro llegaron hasta Starke y Sus manos se crisparon.

-…y la muerte volverá otra vez…

La música les acompañaba.

-…y los hombres de Rann se levantarán de nuevo, pero esta vez contra ella…

Starke tuvo tiempo de sentir algo como un escalofrío, antes de que la corriente le transportase. Un sordo murmullo de cuerpos moviéndose a la vez, se levantó a su lado, y la muerte, los inmusculados guerreros de Falga, trataban de pasar junto a él, todos al mismo tiempo.

Capitulo V

Starke se quedó solo. Los guerreros de Falga se habían ido hacia un lugar subterráneo y se desvanecieron. Después el jefe con el arpa y sus hombres plateados tras él, le condujeron hacia un pasadizo que desembocaba en una amplia habitación redonda toda de piedra. A la altura del techo, había peces que se movían continuamente de un lado a otro. Su brillante fulgor daba luz a la habitación. Habían estado allí, reproduciéndose, comiendo y muriendo durante mil años, y continuarían allí reproduciéndose y muriendo mil años más.

Los sonidos del arpa fueron muriendo hasta que sólo quedó de ellos un murmullo.

Starke tomó pie firme. La fuerza volvió a él.

Podía ver bien al hombre en el centro de la habitación. Muy bien.

El hombre se mecía entre las olas de fuego. Sus piernas estaban atadas con cadenas de bronce para que no pudiera escapar. Su cuerpo lo pedía. Y flotaba.

Hacía mucho tiempo que había muerto. Debido a la descomposición se había convertido en algo gaseoso y quería elevarse a la superficie del Mar Rojo. Las cadenas se lo impedían.

Era uno de los hombres de Faolan. Uno de aquellos que habían ido a Falga a causa de Conan.

Se llamaba Geil.

Starke le recordaba. Lo que había en él de Conan recordaba aquel nombre.

Los labios muertos se movieron.

- Conan. Qué agradable sorpresa. Conan. Te doy la bienvenida.

Todo en aquel ser, incluso las palabras, reflejaban la muerte. Los labios se movieron nuevamente.

- Fui a Falga para ti y Rann, Conan. ¿Recuerdas?

Parte de Starke lo recordaba y se conmovía con agonía.

- Estamos todos aquí, Conan. Todos los nuestros. Cley y Mannt y Bron y Aesur. ¿Recuerdas a Aesur que doblaba los metales más duros con los dedos? Aesur está aquí, grande como un monstruo marino, esperando en un nicho. Los seres marinos nos coleccionan. Nos coleccionan con un propósito irónico. ¡Mira!

El dedo deshuesado se extendió en una dirección. Los ojos de Starke se desorbitaron. La parte de él, que pertenecía a Conan, dio un grito. Conan tenía tanto de él y él tanto de Conan, que era imposible la separación. Habían crecido juntos, como una perla en la arena crece junto a otra. Starke gritó.

En la antesala de aquella habitación circular había más de mil hombres.

En filas de cincuenta en fondo, pegados hombro con hombro. Los hombres de Crom Dhu miraban con ojos de muerte a Starke. De cuando en cuando, un rostro se le hacía familiar. A su memoria acudían, antiguos recuerdos que venían acompañados de nombres.

¡Bron! ¡Cley! ¡Aesur!

Todos ellos estaban encadenados como Geil. Geil susurró:

- Hemos hecho un pacto con los hombres de Falga.

Starke se echó hacia atrás.

- ¡Falga!

- En la muerte todos los hombres son iguales. - Le costó decirlo. No tenía prisa. Los cuerpos muertos bajo el mar nunca tienen prisa. Mañana nos lanzaremos contra Crom Dhu.

- ¡Estáis locos! Crom Dhu es vuestra patria. Es la patria de Beudag y Faolan…

- Y… - interrumpió Geil - de Conan, ¿eh? - Se echó a reír. - Especialmente de Conan. Conan que nos hundió en Falga…

Starke se Movió con rapidez. Nadie podía detenerle. En un momento arrancó el arma que colgaba del cuerpo de Geil.

Fríamente, sin inmutarse, la voz de Geil se dejó oír:

- Mátame, despedázame. Me puedes dar la muerte que quieras. Hazme trizas. Haz de carnicero. Un costado, una mano, el corazón. Y mientras lo haces te explicaré nuestro plan.

Lleno de cólera, Starke se abalanzó contra aquel extraño ser. Con ciega violencia le golpeó repetidas veces, mientras el cuerpo atacado recibía Inmutable los golpes, diciendo al mismo tiempo como la cosa más natural:

- Saldremos del mar para dirigirnos a las puertas de Crom Dhu. Romna y los otros mirarán, nos reconocerán y nos abrirán las puertas de la ciudad de par en par para darnos la bienvenida. ¡Piensa en la sorpresa, Conan! En el momento en que Bron y Mannt y Aesur y yo y ¡tú mismo!, sí, tú mismo, Conan, volvemos a Crom Dhu.

Starke vio como en un cuadro la perspectiva que le anticipaban. Se echó hacia atrás buscando aire para respirar. Algo le ahogaba. Veía las heridas que su espada había causado en el cuerpo de Geil. Era horrible y sin embargo su cuerpo seguía inmutable. Pensó en la felicidad, en la emoción de Faolan y Romna, al ponerse en contacto con antiguos camaradas que volvían. Viejos compañeros que hacía mucho tiempo que habían muerto y que volvían para ayudarles.

Con rabia incontenible, Starke lanzó un golpe mortal sobre su enemigo.

La cabeza de Geil separada del cuerpo, comenzó a flotar lentamente remontándose hasta el techo. En su ascenso, tan pronto miraba al rostro de Starke como mostrábale la parte posterior de la cabeza, continuó su discurso de pesadilla.

- Y entonces, una vez dentro de las puertas de la ciudad, ¿qué ocurrirá, Conan? ¿Te lo imaginas? ¿Puedes imaginarte lo que haremos, Conan?

Starke miraba sin dirección fija, con la espada temblando en su mano. La voz de Geil se volvió a oír de nuevo, aunque esta vez más lejos:

-…Mataremos a Faolan en su habitación. Morirá con la sorpresa dibujada en los labios. El arpa de Romna la meteremos en sus propias entrañas. Los últimos latidos de su corazón pulsarán las cuerdas que darán las notas más tristes. En cuanto a Beudag…

Starke intentó pensar en otra cosa, separar sus pensamientos de todo aquello. El cuerpo de Geil ya no era nada digno de ver, pues se habla ensañado cuanto pudo con él.

La cabeza de Geil descansaba como si estuviese suspendido del techo y, al verlo, Starke no pudo reprimir un gesto de ansiedad y disgusto, al propio tiempo que decía:

- ¡Mataréis a vuestro propio pueblo!

La cabeza suspendida del techo respondió:

- ¿Nuestro pueblo? Pero si no tenemos pueblo. Ahora somos otra raza. La muerte. Pertenecemos a la raza del fondo del mar.

Starke miró a su alrededor y luego al muro circular.

- De acuerdo - dijo, sin inflexión en su voz -. Ven. Donde quiera que estés escondido sal y ven aquí. Ven y habla claro.

Como respuesta, una parte de las piedras que recubrían el muro cayó sin que por ello se rompiera el silencio. Starke vio una mesa delgada de fino mármol negro. Seis figuras estaban sentadas tras esa, sobre sillas esculpidas que parecían tronos.

Eran todos hombres, desnudos de medio cuerpo para arriba. El resto estaba recubierto de una fina película. Miraron a Starke, sin reflejar en sus gestos ni odio ni curiosidad. Uno de ellos llevaba consigo un arpa. Era el que le había introducido en aquel recinto. Distraídamente pulsaba las cuerdas con sus dedos y éstas emitían un sonido claro.

Aquel hombre detuvo el impulso que Starke se había dado para dirigirse hacia ellos con un fuerte y agudo sonido del arpa.

El arma que tenía en sus manos teñida de rojo por la sangre de Geil, le cayó de las manos.

El hombre comenzó a hablar:

- ¿Y luego? - dijo, como si continuara la conversación de Geil.

- Luego conduciremos a los guerreros muertos de Rann hacia Falga. Allí, la gente de Rann, viendo a los guerreros, se sentirán muy contentos, casi con una alegría histérica de ver nuevamente a sus amigos y parientes que vuelven. Entonces entraremos en las defensas de Falga, y la muerte entrará con nosotros, disfrazada de resurrección.

Starke asintió despacio, llevándose una mano a la mejilla:

- A esto en la Tierra le llamamos sicología. Buena sicología. ¿Pero conseguiréis engañar a Rann?

- Rann estará con los barcos en Crom Dhu. Mientras ella no esté, la población inocente se dejará caer en las manos de los guerreros perdidos, con todo contento. El jefe parecía divertido con la explicación que estaba dando. Parecía un joven de diecisiete años. Pero Starke no sabía la verdad, pues aquel joven tenía al menos dos centurias. Así es como se vive, y así se tiene el aspecto cuando se está bajo las aguas del Mar Rojo. Había algo en sus emanaciones que conservaba la juventud.

Starke entrecerró los ojos y dijo pensativamente:

- Lo tenéis todo muy bien preparado. Ganaréis la partida. ¿Pero qué significa Crom Dhu para vosotros? ¿Por qué no os limitáis a atacar, a Rann? Ella que es una de los vuestros, la odiáis más que a las gentes de Faolan. Sus antepasados abandonaron el mar para vivir en la tierra firme y nunca habéis olvidado esta injuria…

El Jefe se encogió de hombros:

- En realidad no sentimos odio, verdadero odio, por Crom Dhu. Únicamente que son por naturaleza gentes de tierra, que poseen barcos y les gusta la guerra. Quizá un día les gustaría intentar el atacar nuestros territorios bajo el mar…

Starke extendió la mano:

- Nosotros también estamos luchando contra Rann. ¡No olvidéis que estamos de vuestra parte!

- Pero nosotros no estamos del lado de nadie, excepto del nuestro. De modo, que bienvenida la armada que quiera atacar a Crom Dhu.

- Veo que no hay nada que os haga retroceder en vuestros planes.

- No. Lo hemos pensado mucho. Hemos trabajado en ello mucho tiempo preparando nuestro plan y perfeccionándolo. Nosotros no valemos mucho fuera del agua. Necesitábamos cuerpos que pudieran hacer nuestras veces y nuestro trabajo. Así que, cada vez que Faolan perdía un barco, o lo perdía Rann, nosotros nos manteníamos a la espera con nuestros sabuesos plateados. Recogíamos todo lo aprovechable. Esperamos hasta tener suficientes guerreros de cada bando. Ellos lucharán por nosotros, aunque por poco tiempo. La fuente de energía les dará un aspecto de vida. Una momentánea habilidad eléctrica que les encaminará hacia el combate, pero una vez fuera del agua, no durarán más de media hora, aunque será tiempo suficiente, una vez las puertas de Crom Dhu y Falga estén abiertas.

Starke dijo:

- Rann encontrará algún medio de zafarse de vosotros. Id, primero sobre ella y atacad Crom Dhu al día siguiente.

Los de la mesa deliberaron:

- Pretendes engañarnos, si bien reconocemos que tu proposición tiene sentido. Rann es más importante. De modo que primero caeremos sobre Falga y de esa manera tendréis un poco más de tiempo para confiar en falsas esperanzas.

Starke se sintió mal nuevamente. La habitación le daba vueltas.

Suavemente, con entera delicadeza, Rann se apoderó de su espíritu nuevamente. Sus ojos de agua marina reflejaban deseo e incertidumbre.

- Hugh Starke, ¿estás de parte de los del mar?

Su voz era suave. El sacudió la cabeza.

- Dime Hugh Starke, ¿por qué formas un complot contra Falga?

El no respondió. No pensaba en nada y cerró los ojos.

Las uñas de Rann arañaron en su cerebro.

- ¡Dímelo!

Rann reía sarcásticamente, acercándose más y más, hasta que el cerebro de Starke se llenó del maravilloso cuerpo de Rann.

- No respondes. De acuerdo. Yo te di el cuerpo de Conan. Ahora te lo quitaré.

Miró a Starke de un modo extraño, con un rictus sensual en sus labios y mostrando sus afilados y nacarados dientes:

- ¡Vuelve a tu antiguo cuerpo! ¡Vuelve a tu antiguo cuerpo, Hugh Starke! - y continuó: ¡Vuelve! ¡Deja a Conan en su imbecilidad! ¡Vuelve a tu antiguo cuerpo!

El miedo le inundó y estaba temblando. Se podía luchar contra un hombre con una espada, pero cómo se podía luchar contra alguien que se apoderaba del cerebro de uno. Sus labios temblaban. Estaba chillando pero no se oía a sí mismo. Aquella voz de Rann parecía llegarle desde el fondo del universo destruyéndolo

- ¡Hugh Starke! ¡Vuelve a tu antiguo cuerpo!

Su antiguo cuerpo estaba muerto. Y ella le devolvía a él.

Su mente se nubló y perdió el conocimiento.

Capitulo VI

Yacía en la parte llana de una montaña desde donde no habría mucho trecho hasta Falga. Una niebla rojiza serpenteaba a su alrededor. Estaba en su antiguo cuerpo.

Se sentía otra vez pequeño y feo. Le dolía la garganta. El frío, la oscuridad, la nada, se le había echado encima. Estaba de nuevo en su antiguo cuerpo. Para siempre.

No quería.

- Esto no es más que el comienzo - le decía Rann -. La próxima vez te abandonaré en este cuerpo y en este llano de la montaña. Y ahora, ¿me quieres decir cuáles son los planes del pueblo del mar? Continuarás viviendo en el cuerpo de Conan y será tuyo si me lo dices. Me supongo que no quieres morir.

Starke intentó razonar lo mejor posible en aquellos momentos, pero no veía la solución. Al fin susurró:

- Si te lo digo tampoco respetarás el cuerpo de Beudag.

- Su vida a cambio de lo que sabes, Hugh Starke.

Aquella respuesta de Rann era demasiado débil. Sonaba a traición y Starke no la creyó. Prefería morir. Esto lo resolvería todo y al menos Rann moriría también, cuando las gentes del mar llevasen a cabo su estrategia. La revancha merecía la pena.

De pronto se le ocurrió algo.

Se echó a reír débilmente, levantando la cabeza y mirando al Jefe de los del mar. Su pequeño diálogo con Rann no había requerido más de diez segundos, pero le habían parecido cien años. El jefe de los del mar se adelantó.

Starke intentó levantarse.

- Tengo que hacerte una proposición; a ti, el del arpa. Rann está dentro de mí. Ahora mismo, lo está. Si no me garantizas la seguridad de Crom Dhu y Beudag, le contaré todo cuanto sé de vuestros planes.

El Jefe de los del mar sacó un cuchillo.

Starke sacudió la cabeza tranquilamente.

- Quita eso de ahí. Aunque consiguieras hundirlo en mi pecho no evitarías por eso que llegase a tiempo de decírselo todo a Rann.

El Jefe bajó la mano. Sabía lo que hacía.

Rann apareció nuevamente en el cerebro de Starke.

- ¡Dímelo! ¡Dime sus planes!

Se sintió como un hombre en una puerta giratoria, pero dábase cuenta que aquellos hombres estaban asustados, que dudaban y estaban nerviosos.

- Moriré dentro de un minuto - decía Starke -. Prométeme la seguridad de Crom Dhu y moriré sin decirle nada a Rann.

El jefe de los del mar dudó, pero al fin levantó la mano y dijo:

- Te lo prometo. No tocaremos a Crom Dhu.

Starke respiró. Dejó caer la cabeza hacia delante hasta que tocó el suelo.

- Me alegro del trato que acabo de hacer. Decirle a Rann que le deseo la peor de las muertes.

Mientras se hundía en la más profunda de las oscuridades, vio cómo Rann le esperaba y débilmente le dijo:

- Muy bien duquesa. Me hubieras matado aunque te hubiera dicho los planes de los del mar. Estoy preparado. Ya puedes arrojarme a mi antiguo cuerpo. He luchado contra ti hasta el último momento.

Rann chilló. Era un chillido frustrado. Luego empezaron los dolores. El minuto que siguió trabajó mucho la mente de Starke.

El olor a carne putrefacta se extendió a su alrededor y Starke pronunció una última palabra, antes de que las tinieblas cayesen sobre él.

- Beudag.

No esperaba volver a despertar de nuevo.

Sin embargo, volvió en sí.

Había un mar rojo a su alrededor. Yacía en una especie de lecho de piedra y un joven guerrero de los del mar estaba sentado a su lado mirándole y sonriendo delicadamente.

Starke no se atrevió a moverse durante un momento Tenía miedo a que su cabeza se desplomase al hacer el menor movimiento.

- ¡Oh, Señor! - dijo al girar un poco la cabeza.

El ser del mar murmuró:

- Ganaste. Luchaste contra Rann y ganaste.

Starke explicó:

- Me siento como si algo hubiera raspado mi cerebro. Ella se ha ido. Rann se ha ido. - Estaba sonriendo -. Pero esto me entristece. Alguien me está aclamando. Rann se ha ido. - Se tocó el cuerpo por todas partes, su enorme cuerpo -. Rann quería engañarme. Sabía que no podía llevarme de nuevo a mi antigua carcasa, pero ella no quería que lo supiera. Ha sido todo como la pesadilla de un niño antes de nacer. - Abrió los brazos de par en par como si se desperezara. - Nunca más volverá a entrar esa mujer en mi cabeza. He cerrado la puerta y perdido la llave. - Sus ojos se dilataron -. ¿Cuál es tu nombre?

- Linnl - dijo el hombre del arpa -. ¿No le dijiste a Rann nuestra estrategia?

- ¿Tú qué te piensas?

Linnl sonrió sinceramente:

- Pienso que me gustas, hombre de Crom Dhu. Pienso que me gusta el odio que sientes por Rann y que me gusta la manera que has tenido de arreglártelas con este asunto tan difícil, queriendo matar a Rann y salvar a Crom Dhu, y estar tan decidido a ofrecer tu vida para que se realizaran tus deseos.

- Eso es mucho pensar - bromeó - ¿y qué hay de la promesa que me hicisteis?

- Se respetará.

Se echó a reír de un modo entrecortado y cerró los ojos.

- ¿Me dejarás que yo me las entienda con Rann cuando llegue el momento? - Sus dedos se levantaron llenos de fuerza y decisión y se cerraron sobre una figura imaginaria de Rann apretándola sin compasión.

Linnl respondió:

- Es tuya. Rann te pertenece. Me gustaría hacerlo yo mismo, pero lo tuyo significa una verdadera revancha que tienes de tomar. Vámonos. Salimos ahora.

Starke se movió cuidadosamente. Tenía miedo de hacer el menor gesto, pues creía que su cuerpo se podría desintegrar.

Optó por dejarse mecer y arrastrar por el vaivén de las aguas. Después nadó cuidadosamente tras Linnl a través de angostos pasadizos, hasta que llegaron a un lugar plateado y extenso como una verdadera ciudad.

Suspendidos en el aire sujetos por las piernas con cadenas, los guerreros de Falga miraron con pálidos ojos a Starke y Linnl.

¡Hombres de Falga!

Linnl pulsó repetidas veces el arpa.

Un sordo murmullo salió de los labios de los mil cuerpos muertos.

- ¡Vamos a saquear la ciudadela de Rann!

- ¡Rann! - repitieron las voces.

Tras un sonido del arpa, aparecieron los sabuesos plateados. Ellos cortaron las cadenas. Los hombres de Falga danzaron al ritmo de las aguas, una vez liberados de entre la roja sustancia.

Atraídos por una corriente de agua, eran arrastrados hacia una galería volcánica. Starke fue tras ellos, deteniéndose en la ladera de un montículo en cuyo fondo ardía una caldera.

Era la Fuente de la Vida del Mar Rojo. Estaba allí desde hacía un milenio. Los enormes ciclones de chispas y fuego estremecían aquel sorprendente paraje, formando tales corrientes y torbellinos que amenazaban atraer sin remisión a quien se pusiese a su alcance.

Starke movía los brazos y piernas para evitar la succión.

Los hombres de Falga no combatían la atracción.

Avanzaban como antes en silencio y quedaban suspendidos sobre la incandescencia.

La vitalidad de la Fuente se manifestó en ellos, pues parecía como si de pronto tocase los dedos pulgares de los pies, y después, como si de un proceso osmótico se tratara, iba poco a poco alcanzando a todos los miembros, dibujando su estructura, igual que el mercurio da la configuración del termómetro cuando aumenta la temperatura. Los huesos tomaban un brillo extraordinario como el marfil pulido, a través de la carne que de momento no era más gruesa que una película. Las espinas dorsales se erguían y los hombres volvían a echarse hacia atrás. Sus ojos, lo último en ser alcanzado por el fuego, ahora estaban en ignición y refulgían como bujías ante sepulcros. Los mentones se irguieron y hasta los más recónditos poros de la piel habían adquirido un brillo plateado.

Nadando a través de aquella tormenta de energía, iban saliendo totalmente fríos hasta alcanzar el lado del montículo. Cuando se rozaban el uno con el otro, saltaban chispas purpúreas que iban de una cabeza a otra cabeza y de una mano a otra.

Linnl tocó el brazo de Starke:

- Ahora te toca a ti.

Starke dudó sólo un momento. Luego dejó que la fuerza de la corriente le arrastrara. Tenía miedo. Condenado miedo. Una lengua de fuego le alcanzó mientras se acercaba al centro del montículo y de pronto se vio envuelto en llamas que le dejaron en éxtasis. Beudag estaba oprimida con él. Era su pelo rojizo consumiéndose lo que le daba fuerzas.

Esperando al otro lado del montículo, estaban los mil hombres de Falga. Cuando comenzó a sonar una música que parecía proceder de mil arpas mientras Starke salía al otro lado. Los guerreros comenzaron a marchar. Todavía estaban muertos, pero nadie lo hubiera dicho. No había espíritu en el interior de aquellos cuerpos que estaban movidos desde el exterior.

Dejaron atrás la ciudad. En filas bien ordenadas, los nuevos combatientes eran conducidos por los sabuesos plateados y por las arpas distantes hacia un lugar donde las olas conducían hacia tierra. Linnl iba al lado de Starke, sin dejar de tañer el arpa, y Starke se sentía atraído hacia una profundidad donde se agitaban extraños monstruos que le miraban con ojos coléricos. Pero el arpa les hacía retroceder.

Starke miró a los hombres. «No saben lo que están haciendo - pensó -. Vuelven a su casa para matar a sus padres y a sus hijos y para incendiar Falga, y no lo saben.» Sus rostros de vivos-muertos, se agitaban sin cesar, y siempre hacia delante, como si la visión de la ciudadela de Rann estuviera allí y les atrajese.

Con cierto temor pensé en Rann. Rann, Rann, Rann. La única respuesta fue el movimiento de los cuerpos plateados entre las encendidas profundidades.

Poco antes del amanecer llegaron a la superficie del mar.

Falga descansaba silenciosamente entre la niebla rojiza. Sus calles estaban vacías y las primeras luces del día bailaban los jardines de Rann.

Linnl continuaba al lado de Starke. Ambos sonreían cruelmente. Habían esperado aquel momento durante mucho tiempo.

Linnl hizo un gesto de placer y dijo:

- Hoy es el día del gran carnaval. Frutos, vino y amor serán ofrecidos a los soldados de Rann a su vuelta de la lucha y bailarán por ellos.

Lejos, hacia la derecha, se elevaba una montaña. En la cima - Starke miró hacia allí intencionadamente - descansaba el cuerpo de un hombre pequeño, de un terrestre. Subiría a la montaña más tarde, cuando todo hubiera acabado y tuviera tiempo para ello.

- ¿Qué estás buscando? - le preguntó Linnl.

La voz de Starke sonó con respeto:

- A alguien a quien yo conocía muy bien.

Alineados sobre las piedras desnudas, con sus sandalias raídas por el tiempo, los hombres se mantenían en pie con sus cuerpos refulgentes. Starke andaba de un lado a otro sin salirse del centro del grupo, para que su cuerpo moreno pasase inadvertido.

Les vieron.

Los guardias del arrecife, miraron hacia abajo desde las escotillas de las galerías y lanzaron un grito. Las manos se agitaron, cundió el desorden y otros guardias fueron descendiendo desde las rampas, uniéndose unos grupos a otros y reuniéndose a los primeros.

Linnl desde el mar, cerca desembarcadero, sugirió un tema con el arpa y otras arpas continuaron el tema. La música que salía del agua con gentil firmeza, puso a aquellos pies muertos en movimiento, hacia el encuentro de los guardias.

Desde las cabañas de los esclavos, salían gentes que saludaban tímidamente a los guerreros que pasaban, pues el paso de los mismos no era nuevo para ellos.

Aquellos guerreros no llevaban armas y a Starke no le seducía mucho. Hubiera preferido que al menos llevaran un trozo de cadena, pero aquellas manos vacías no le gustaban. Le dolían los dientes a causa de haber tenido mucho los maxilares firmemente unidos y los músculos de sus brazos parecían enfebrecidos y nerviosos.

En el límite de la comunidad esclava con la ciudad, los guardias les hicieron un reconocimiento, saliendo apresuradamente de las galerías con las espadas desenvainadas, para interceptar lo que en principio tomaron como enemigo.

De pronto se detuvieron confundidos.

El capitán de la guardia se les acercó con los ojos llenos de sospecha. Pero pronto esta sospecha se desvaneció y su rostro se ladeó. Habían permanecido en la desesperación durante meses, pensando en su hijo muerto en la defensa de Falga.

Y ahora su hijo estaba ante él y vivo.

El capitán olvidó su graduación. Lo olvidó todo. Sus sandalias resbalaron sobre las piedras. Se podía oír el aire entrando y saliendo de sus pulmones, sin dejar de dar paso a una plegaria que brotaba de sus labios.

- ¡Hijo mío! ¡En el nombre de Rann! Dijeron que te habían matado los hombres de Faolan hace más de doscientas noches. ¡Hijo mío!

Desde algún lugar llegaba el sonido de un arpa.

El hijo se adelantó sonriendo y se abrazaron, pero el hijo no decía nada. No podía hablar.

Esta fue la señal para los otros y toda la guardia conmovida y sorprendida, dejó a un lado las espadas y fue reconociendo a viejos amigos, hermanos, padres, tíos, hijos.

Los guardias y los guerreros recién llegados se encaminaron. Starke caminaba en el centro. Subieron por los arrecifes a través de pasadizos y senderos, hablando todos al mismo tiempo. Al menos así parecía. En realidad, quienes hablaban eran los guardias, pues ninguno de los muertos respondía.

Starke oía una música fuerte y clara que llegaba de todas partes.

Llegaron a la cima de los arrecifes. A aquella hora toda la ciudad estaba despierta. Las mujeres llegaban corriendo con sus pechos desnudos, sollozando y arrojándose entre las filas de sus amantes. Las flores llovían sobre ellos.

- Así es la guerra - se dijo Starke.

Se detuvieron en el centro de los enormes jardines. Toda la gente se movía felizmente, sin darse cuenta del extraño silencio de sus hombres agasajados. Eran demasiado felices para apercibirse de ello.

- Ahora - se dijo Starke a sí mismo ¡Ahora es el momento! ¡Ahora!

Como si fuese una respuesta, un silbido enorme procedente de las arpas, sonó como si llegase del cielo.

La multitud no cesó de reír hasta que los guerreros recién llegados de Falga se abalanzaron sobre ellos con las manos alzadas y gestos agresivos.

El griterío en las calles, era como el silbido de una sirena. Las espadas despedían extraños fulgores hasta que encontraban un cuerpo donde hundirse. Una viciosa pantomima concluía en los jardines verdes.

Starke fijó sus ojos en la ciudadela vacía de Rann. Nubes rojizas cubrían las arcadas y caía una lluvia fina. Los jardines se cubrieron de sangre.

Los guerreros muertos de Falga se habían apoderado de las espadas. Primero mataban a quienes tenían más cerca, y luego se apropiaban de las espadas de las víctimas. Era muy sencillo y desagradable.

Los esclavos se unieron a la batalla.

El padre muerto, mataba al hijo vivo. El hermano muerto agarrotaba entre sus manos al hermano vivo. Horrible carnaval en Falga.

Starke incendió las tapicerías sedosas. Las piedras repetían el eco de sus pies mientras iba de habitación en habitación. Rann se había ido probablemente la noche anterior. Eso significaba que Crom Dhu estaba a punto de caer. ¿Habría muerto Faolan? ¿Habría visto el pueblo de Crom Dhu el sufrimiento de Beudag? La bahía de Falga estaba totalmente desembarazada de barcos, a excepción de unas cuantas pequeñas embarcaciones pesqueras.

Capitulo VII

La niebla le envolvía cuando salió al jardín y la lluvia azotó su rostro.

La ciudadela de Rann estaba ardiendo por todas partes y la negra humareda se confundía con la niebla.

El más absoluto silencio reinaba en el jardín y la lucha había acabado. Los hombres de Falga, conservándose en ellos todavía la Fuente de Vida, sostenían las espadas entre los dedos incomprensiblemente, y la luz empezaba a abandonar sus verdes ojos y su piel parecía sucia.

Starke no se demoró en bajar a las galerías, atravesar el sector de la ciudad destinado a esclavos y llegar al embarcadero.

Linnl le estaba esperando acariciando el arpa entre sus afilados dedos.

- Todo ha terminado. Los esclavos se encargarán del resto. Serán nuestros aliados puesto que los hemos liberado.

Starke no oía. Mantenía la vista fija en el horizonte por encima del Mar Rojo.

Linnl comprendió su ansiedad e hizo sonar dos veces el arpa, que en la mente de Starke fueron como dos palabras.

- ¡Crom Dhu!

- Si no llegamos demasiado tarde… - y al mismo tiempo Starke se inclinó hacia delante -. Si Faolan vive todavía. Y si Beudag está todavía atada al mástil.

Como un ciego, caminó con decisión avanzando en dirección al mar y se hundió en él.

No llegaba a un millón de millas lo que había desde allí a Crom Dhu. Una ola les recogió poco después de salir de Falga, y les condujo rápidamente a través de profundidades y extrañas latitudes y de grandes bosques cristalinos. Contaba con ansiedad cada una de las millas.

Estuvo impaciente durante la pausa que tuvieron que hacer en la ciudad de los Titanes, para coger hombres de refresco. Para recoger a Cley y Mannt y Aesur y Bruce. La impaciencia no le abandonaba mientras contemplaba aquel drama de la Fuente de la Vida. En esta ocasión eran los cuerpos de los hombres de Crom Dhu.

Todos se pusieron en movimiento. Serpenteando tras Starke iban los cuerpos de Cley y Aesur.

Había ironía en todo aquello. Los hombres de Crom Dhu caídos en Falga bajo la traición de Conan, volvían ahora bajo las órdenes de Conan para vengar aquella traición.

De pronto se hallaron en los alrededores de Crom Dhu. Aún envueltos en las sombras, se divisaban las largas siluetas de los barcos de Falga diseminados por la bahía.

Starke miró el fondo de un inmenso barco plateado de Falga y sintió cómo la garganta le oprimía. Luego haciendo una flexión de rodillas se remontó hacia él.

Linnl dejó que Starke dirigiera la operación. Starke sintió algo que aferraba su puño. Era una cuerda que llevaba en su punta un ancla de abordaje. Sabía cómo hacer uso de ella sin preguntar. Hubiese deseado un cuchillo, aunque sabía que un cuchillo en el mar era algo imposible de llevar si había que moverse rápido.

Vio la silueta del mejor de los barcos de Rann a unas cien yardas, con sus antorchas lanzando fuego como el cabello de la bella Beudag.

Nadó hacia allí respirando profundamente.

Los resucitados hombres de Crom se alzaron llenos de fuerza. Posaron su vista en Crom Dhu y quizá supieron lo que era, pero tal vez no. Por un momento Starke tuvo miedo. ¿Y si Linnl le hacía el engaño? ¿Y si una vez estos hombres hubiesen ganado la batalla iban a Crom Dhu y raptaban el arpa de Romna y atacaban a Faolan? Se desembarazó de aquellos pensamientos. Eso ya lo vería más tarde en el caso de que sucediera y trataría de poner remedio. Cley y Mannt aparecieron uno a cada lado de él. Miraban a Crom Dhu con los labios cerrados. Quizá vieron el pabellón de Faolan o tal vez oyeron el arpa que sonaba más fuerte que las que les conducían a la batalla y les dominaban. Sus ojos miraban y miraban a Crom Dhu, pero nada veían.

El Jefe de los del mar apareció; sus seguidores iban cada uno con su arpa que comenzaron a sonar en tono muy alto.

En silencio, con mucho silencio, los muertos pero no muertos hicieron un círculo de cuerpos alrededor del barco de Rann. Aquel silencio tan profundo en sus movimientos, erizaba la piel y hacía que un sudor frío apareciese en las mejillas de Starke.

Una docena de cuerdas se alzaron al aire cayendo sobre el barco. Starke lanzó la suya.

Llegó arriba.

Beudag estaba allí.

En el mismo puente de la embarcación, quedó como atónito sin poder apartar la vista de ella.

Una antorcha le iluminaba. Se mantenía todavía erguida; la cabeza apoyada sobre su pecho por el cansancio y los ojos cerrados, con el rostro más delgado y menos moreno, pero todavía vivía. Estaba volviendo en sí de su postración por el silbido de las cuerdas y el ruido de los anzuelos metálicos al clavarse en cubierta. Al ver a Starke, sus labios se entreabrieron, y su vista permaneció fija en él.

Casi le costó la vida a Starke permanecer allí mirándola, pues un guardia desde una de las torretas le vio, sacó el arco y dejó partir una flecha en su dirección. Había una cadena en el suelo y Starke pensó que le sería útil como arma y se agachó para recogerla.

Cley venía tras Starke y fue su pecho el que recogió la flecha. El dardo quedó incrustado en su cuerpo, pero Cley siguió y le aprisionó la garganta entre sus dedos, hasta que el cuerpo quedó inerte y se desplomaron los dos.

Beudag gritó:

- ¡Detrás de ti, Conan!

¡Conan! En su nerviosismo le había dado el antiguo nombre.

Era Conan. Se volvió y vio a uno de los guerreros que venía hacia él, le azotó brutalmente el rostro con la cadena y cogiendo la espada que el hombre había dejado caer, golpeó al guerrero con fuerza. Luego cogiéndole por el cuello lo arrojó al mar.

Todos los que estaban en el barco se hallaban despiertos. La mayoría de los hombres estaban abajo donde habían ido a descansar del ajetreo de las batallas. Pero ahora volvían precipitadamente. Sus gritos formaban un extraño contraste con el silencio de los hombres de Crom Dhu. Starke se encontró muy atareado.

Conan había sido un animal muy fuerte, con gran poder de recuperación. Ahora sus músculos respondían perfectamente cada vez que se les pedía un esfuerzo. Starke fue saltando limpiamente cuantos obstáculos se le presentaron y se dedicó a buscar a Rann. Pero no aparecía por ningún sitio. Más cuerdas caían sobre la cubierta de la embarcación. Cada uno de los barcos de la bahía estallaba en violencia. Más hombres subieron silenciosamente tras Starke.

Por encima de los gritos, se oyó la voz de Beudag que reconoció a los hombres que luchaban:

- ¡Cley! ¡Mannt! ¡Aesur!

Starke era un dios, podía tener cuanto deseaba. ¿La cabeza de un hombre? Podía tenerla. Accionaba a modo de guillotina con el cuchillo y la muñeca, y los cuerpos se desplomaban. ¡Así! Sus ojos brillaban con un color ambarino y había un rasgo de placer en sus labios. Starke no cesaba de dar golpes a uno y otro lado incansable.

¿Lo estás viendo Faolan? Se decía Starke para su interior, mientras luchaba denodadamente. ¡Mira esto Faolan! ¡Dios! ¡No! ¡Eres ciego! Pues escucha. Oye el entrechocar de los aceros. ¿No llega hasta ti el olor a sangre y a cuerpos sudorosos? ¡Oh! si tú pudieras ver esto esta noche Faolan. Olvidarías lo de Falga. Este es Conan fuera de la imbecilidad, con un tipo en su interior llamado Starke que le guía y le dice dónde debe ir.

No se estaba muy seguro a bordo. No se había dado cuenta antes, pero los guerreros de Crom Dhu no prestaban atención en quién era a quien atacaban. Se atacaban los unos a los otros entre sí. Luchaban tan apretados que no dejaban sitio para accionar libremente.

Liberó a Beudag del mástil y la bajó a cubierta.

Beudag reía incontrolablemente. No podía dejar de reír. Sus ojos estaban ciegos de sorpresa. Veía a hombres muertos vivos otra vez, defendiéndose con espadas y otras armas. Había estado sin comer noche y día y siempre de pie y se hallaba tan debilitada, que sus nervios no la dejaban parar de reír.

Starke la zarandeó.

- ¡Beudag! ¡Te has salvado! ¡Estás libre!

Ella respondió sin fijar los ojos en parte determinada:

- Estaré… estaré bien dentro de un minuto.

Tuvo que esquivar un golpe de uno de sus hombres. Starke le desarmó de un golpe y asiéndole con fuerza lo arrojó al mar. Era cuanto podía hacer. No podía matarle.

- ¿Dónde está Rann? - preguntó Starke con ansiedad.

- Estaba aquí - murmuró Beudag.

Rann estaba cerca. Instintivamente Starke levantó los ojos.

Rann apareció en el mástil como una imagen de nieve. Su erguido pecho zozobraba por la emoción. Sus ojos reflejaban odio puro. Starke se mordió los labios y envainó la espada.

Rann miró fijamente a Beudag. Sin titubear, como en un sueño, Beudag se apoderó de una daga y la apoyó sobre su propio pecho.

Starke quedó helado. Se dio cuenta de pronto que Rann se había apoderado de la mente de Beudag igual que antes lo hiciera con él.

Rann hizo una mueca de satisfacción:

- ¿Y bien Starke? ¿Qué pasará ahora? ¿Quieres acercarte a mí y ver cómo entonces muere Beudag? ¿O prefieres dejarme libre?

Starke respondió:

- No puedes ir a ningún sitio. Falga ha caído. No te puedo garantizar la libertad. Lo único que puedes hacer es marchar al otro lado del mar, donde podrías encontrar un lugar apropiado para ti y tus hombres.

- Y cómo me voy, ¿nadando? ¿Con todas esas bestias del mar a la espera? - Acentuó la palabra bestias. Ella en el fondo formaba parte de las gentes del mar. Ellos, Linnl y sus hombres eran bestias del mar para ella -. No, Hugh Starke. Cogeré una embarcación pequeña. Pon a Beudag sobre cubierta de manera que no se separe de mi vista ni un momento. Protege mi paso y el de mis hombres hasta tierra y Beudag vivirá.

Starke ondeó la espada en el aire:

- ¡Camina!

El no quería que ella se fuese. Tenía otros planes. Le dijo a gritos a Linnl que continuaba en el mar, el trato que había hecho. Linnl asintió.

Rann, en una pequeña embarcación plateada, se dirigió hacia tierra. Maniobraba el bote y miraba continuamente a Beudag. Pasó entre las bestias del mar y llegó por fin a tierra.

De pronto, Starke se volvió con velocidad sorprendente y estampó su puño contra la mejilla de Beudag. La mano de la muchacha apoyaba todavía la daga contra su pecho. Se desplomó y el arma cayó de su mano. Starke la lanzó lejos con el pie. Luego cogió a la muchacha del suelo y la levantó. Para Starke, era una carga preciosa. La daga había marcado unos puntitos de sangre en su pecho.

Una vez en tierra, Rann desapareció entre las rocas.

En la bahía, la música del arpa se hizo más tenue. Los barcos habían sido tomados y los hombres de Crom Dhu habían terminado de luchar. Había algo en su fulgor que se había ido apagando, particularmente el color de sus brazos y de sus espadas desnudas. Los barcos empezaron a hundirse.

Linnl nadaba de un lado a otro mirando a Starke, cuando éste le hizo un gesto señalándole hacia la playa:

- Ahora a ver si cogemos a esa diablesa - se dijo.

Faolan esperaba en su gran balcón de piedra, desde donde se divisaba Crom Dhu. Tras él los hogares, donde se alzaban las llamas con su sonido devorador y su luz rojiza que llenaba las habitaciones.

Faolan se inclinaba sobre el borde del balcón con su pecho hundido, sus ojos ciegos parpadeando, mirando hacia abajo una y otra vez con intensidad inquietante, y con la cabeza un poco inclinada para poder escuchar.

Romna estaba de pie tras él, llenando y rellenando la copa que Faolan vaciaba en su boca sedienta, y le decía lo que estaba ocurriendo. Le habló de los hombres que salían del mar y de Rann apareciendo sobre la tierra rocosa. Algunas veces Faolan se inclinaba hacia un lado, movido por las palabras de Romna. Otras se inclinaba totalmente, para oír mejor lo que ocurriera en la bahía, a la asediada Falga.

Romna no tocaba el arpa: no necesitaba tocarla. Desde allá abajo, les llegaba un gran eco de arpas, más líquidas en sus sonidos que la suya, y que caían sobre la ciudad como una cascada, haciendo que la niebla lloriquease en lágrimas rojas.

- ¿Eso son arpas? - gritó Faolan.

- Sí, arpas.

- ¿Y qué era lo que ocurría? - preguntaba Faolan con la respiración entrecortado por la emoción.

- Una escaramuza - respondió Romna.

- ¿Quién ganó?

- Nosotros.

- ¿Y eso? - los ojos ciegos de Faolan se esforzaban por ver, hasta que de ellos brotaron lágrimas.

- Son los enemigos que caen al otro lado de las puertas de la ciudad.

- ¡Y ese sonido, y ese sonido! - El ritmo de las espadas y de los cuerpos era una música complicada cuyos temas debía reconocer -. ¡Otro que ha caído! ¡Oí cómo gritaba! ¡Y era de los hombres de Rann!

- Sí - respondió Romna.

- ¿Pero por qué nuestros guerreros luchan con tanto silencio? No he oído ni una palabra que saliese de sus labios.

- ¡Silenciosos… sí, silenciosos! - murmuró Romna.

- ¿Y de dónde han venido si todos nuestros hombres están en la ciudad?

- Sí - respondió Romna. Luego dudó antes de continuar -. Todos en la ciudad, excepto los que murieron en Falga.

Faolan no dijo nada. Después cogió con nerviosismo su copa vacía.

- Más vino, juglar, más vino - luego se volvió hacia la batalla de nuevo -. ¡Oh!, dioses, si al menos pudiera verlo, ¡si pudiera verlo!

A lo lejos se oyó un enorme crujido y luego silencio. Después unos gritos desmesurados.

- ¡Las puertas! - gritó Faolan -. Hemos perdido. ¡Mi espada!

- Detente Faolan - rió Romna -. ¡Por cien mil dioses poderosos. Querría estar ciego ahora mismo, o poder ver mejor!

Faolan le puso la mano encima y apretó con fuerza:

- ¿Qué ocurre? ¡Dímelo!

- ¡Cley! ¡Y Tlan!, ¡y Conan! ¡y Bluce! ¡y Mannt! ¡Están en las puertas como apariciones visionarias! ¡Con las espadas en las manos!

Faolan estuvo un momento en silencio antes de responder:

- Dime sus nombres otra vez y dímelos despacio! ¡Y dime la verdad! - su cuerpo temblaba como el de un animal en peligro -. Dijiste ¿Cley… Mannt… Bluce?

- ¡Y Tlan! ¡y Conan! Que vuelven de Falga. Han abierto las puertas y han ganado la batalla. Ha terminado, Faolan. Crom Dhu dormirá esta noche.

Faolan le dejó que se fuese y un murmullo escapó de sus labios:

- Me emborracharé. Más que en toda mi vida. Gloriosamente borracho. Dios, pero si lo hubiera podido ver. Estar allí. ¡Romna! ¡Ven! ¡Cuéntamelo otra vez!

Faolan estaba sentado en su gran silla esculpida, esperando.

Oía el ruido de las sandalias sobre las piedras y a fuera el murmullo de las cadenas.

Se abrió una puerta y entró gente. Faolan empezó a hablar:

- ¿Cley? ¿Mannt? ¿Aesur?

Starke se acercó a la luz del fuego. Apretó la mano contra la herida abierta en su muslo:

- No, Faolan. Yo y otros dos.

- ¿Beudag?

- Sí. - Y Beudag se acercó a él.

Faolan siguió a la expectativa.

- ¿Quién es el otro? Camina con mucha ligereza. Es una mujer.

Starke asintió.

- Rann.

Faolan se levantó muy despacio de su silla. Pensaba en aquel nombre y cogió una espada corta que había a un lado de su silla. Se fue hacia Starke:

- ¿Me trajiste a Rann viva?

Starke tiró de la cadena que ataba a Rann. Ella corrió unos pasos hacia delante, blanco el rostro y los ojos encendidos de rabia salvaje.

- Faolan el ciego - dijo Starke -. Te he dejado vivir sólo por una razón, Rann. Vamos, adelante.

Faolan se detuvo y esperó.

Rann no hizo mención de nada.

Starke la cogió por un brazo y se lo dobló a la espalda:

- Te he dicho que adelante. Quizá no me oíste.

- Está bien lo haré - dijo ella contraída por el dolor.

- Dime lo que ocurra Faolan - dijo Starke después de soltarla.

Rann miró fijamente la figura alta de Faolan, en la luz.

Mas de pronto éste se llevó las manos a los ojos.

Beudag gritó cogida a su brazo.

- ¡Veo! ¡Veo! - primero gritó, pero luego fue un susurro -. ¡Veo!

Starke se volvió hacia Rann y la conminó:

- ¡Haz que lo vea Rann, o morirás ahora mismo! ¡Haz que lo vea! - Y luego dirigiéndose a Faolan -. ¿Qué es lo que ves?

Faolan parecía haber enloquecido. Extendía las manos hacia la visión que le sobrecogía.

- Veo… veo Crom Dhu. ¡Qué vista más maravillosa! Veo los barcos de Rann, ¡Hundidos!

No pudo contener una risa nerviosa:

- Veo… ¡la lucha al otro lado de las puertas de la ciudad!

El silencio se extendió por la habitación.

Sólo la voz de Faolan quedaba entre aquel silencio, como hipnotizada.

Extendió los brazos con los puños cerrados y luego los abrió.

- ¡Veo a Mannt, y Aesur y Cley! ¡Luchando como siempre lo hicieron, con la misma energía y el mismo tesón! ¡Veo a Conan tal como era! ¡Y a Beudag blandiendo su espada sobre la orilla del mar! ¡Veo a los enemigos muertos! Y a hombres que salen del mar con piel oscura y pelo negro. Hombres que conocí hace mucho tiempo. Hombres que surcaron el mar conmigo en otro tiempo. ¡Y a Rann capturada! - Estalló en sollozos. Las lágrimas corrieron por las cuencas de sus ojos vacíos -. ¡Veo a Crom Dhu tal como fue, es y será! ¡Veo, veo, veo!

Starke se estremeció.

- Veo a Rann cautiva, y a sus hombres muertos a su alrededor, ante las puertas de la ciudad. Veo las puertas abiertas de par en par… - se detuvo. Miró a Starke -. ¿Dónde están Cley y Mannt? ¿Dónde Bruce y Aesur?

Starke dejó que su inquietud ardiera en el corazón durante un momento. Al fin contestó:

- Volvieron al mar Faolan.

Faolan bajó la cabeza antes de decir:

- Sí - dijo pesadamente -. Tenían que volver, ¿verdad? No podían estar y quedarse aquí, ¿no es cierto? Ni siquiera para poder disfrutar de una noche de manjares, vinos y mujeres acostadas en aterciopeladas pieles. Ni para echar un bocado. - Luego volviéndose -. Dame de beber Romna. Da de beber a todos.

Romna le llenó una copa y se la dio. De pronto la dejó caer y cayó de rodillas llevándose las manos al pecho.

- Mi corazón - gemía. - Rann ¡diablesa!

Starke la cogió inmediatamente por la garganta. Hizo presa en cada uno de los lados de su cuello de nieve.

- ¡Déjale Rann! - Y apretaba más -. ¡Déjale Rann!

La boca de Faolan emitía estertores de muerte. Starke hundía más y más sus dedos en la garganta de Rann, hasta que el rostro de la muchacha estuvo marcado con el signo de la muerte.

Parecía haber transcurrido una hora, antes de que Starke la dejase libre. Cayó inconsciente y no se movió. No se movería ya nunca.

Starke se volvió lentamente para mirar a

Faolan.

- Lo viste, ¿verdad, Faolan?

Faolan asintió ciego, débil. Se levantó del suelo y murmuró:

- Lo vi. Durante un momento lo vi todo. ¡Y qué bonito y maravilloso era! Con esto, Hugh Starke, me diste algo donde mantener la Ilusión y ganas de vivir.

Al día siguiente, Beudag y Starke subían a la montaña que se alzaba sobre Falga. Se marchó hacia un lado y con su llegada los pájaros que merodeaban alrededor de un cuerpo yacente, huyeron.

Abrió una tumba no muy profunda, e hizo lo que tenía que hacer con el cuerpo que encontró allí, y cuando la tumba estuvo cubierta nuevamente con grandes piedras, volvió donde Beudag le estaba esperando. Se mantuvieron en pie junto a la tumba. Nunca hubiera imaginado el estar de pie sobre una parte de sí mismo, y sin embargo, hoy era una realidad, con Beudag a su lado apretando con firmeza su mano.

Estando allí pensó en la Tierra y en Júpiter y en las alegres calles de Jekkara Low Canals en Marte. Pensó en el espacio y en las naves que lo atravesaban, viéndose en una de ellas. Pensó en la caja con un millón de dólares que llevaba en su última misión en el espacio y que cayó al mar. Se rió con ironía.

- ¡Mañana, cogeré a unos cuantos cazadores de entre los seres del mar, para que me busquen la pequeña caja metálica. - Miró con solemnidad la tumba -. Tú lo hubieras querido así. O al menos lo pensaste. Te mataste a ti mismo por llevarlos. De modo que si las gentes del mar lo encuentran, te los traeré a está montaña y los enterraré contigo bajo las rocas y entre tus dedos. Creo que es el lugar más apropiado.

Beudag le sacó de allí. Descendieron la montaña hacia la bahía de Falga donde un barco les esperaba. Al mismo tiempo que caminaba, Starke levantó la cabeza. Beudag estaba con él, y los marinos de la embarcación se aprestaban para el viaje mientras el Mar Rojo les esperaba. Lo que había más allá de aquel mar, era algo que tendrían que descubrir Faolan, Romna, Beudag y Starke llamado Conan. Se sentía a gusto. Caminó erguido y contento de tener a su lado a Beudag.

Y sobre la montaña, mientras el barco se alejaba, todavía vieron cómo los pájaros se acercaban nuevamente al lugar donde descansaba el antiguo cuerpo de Starke. Llegaban, intentaban hundir el pico entre las duras piedras y luego desechando toda esperanza se alejaban.